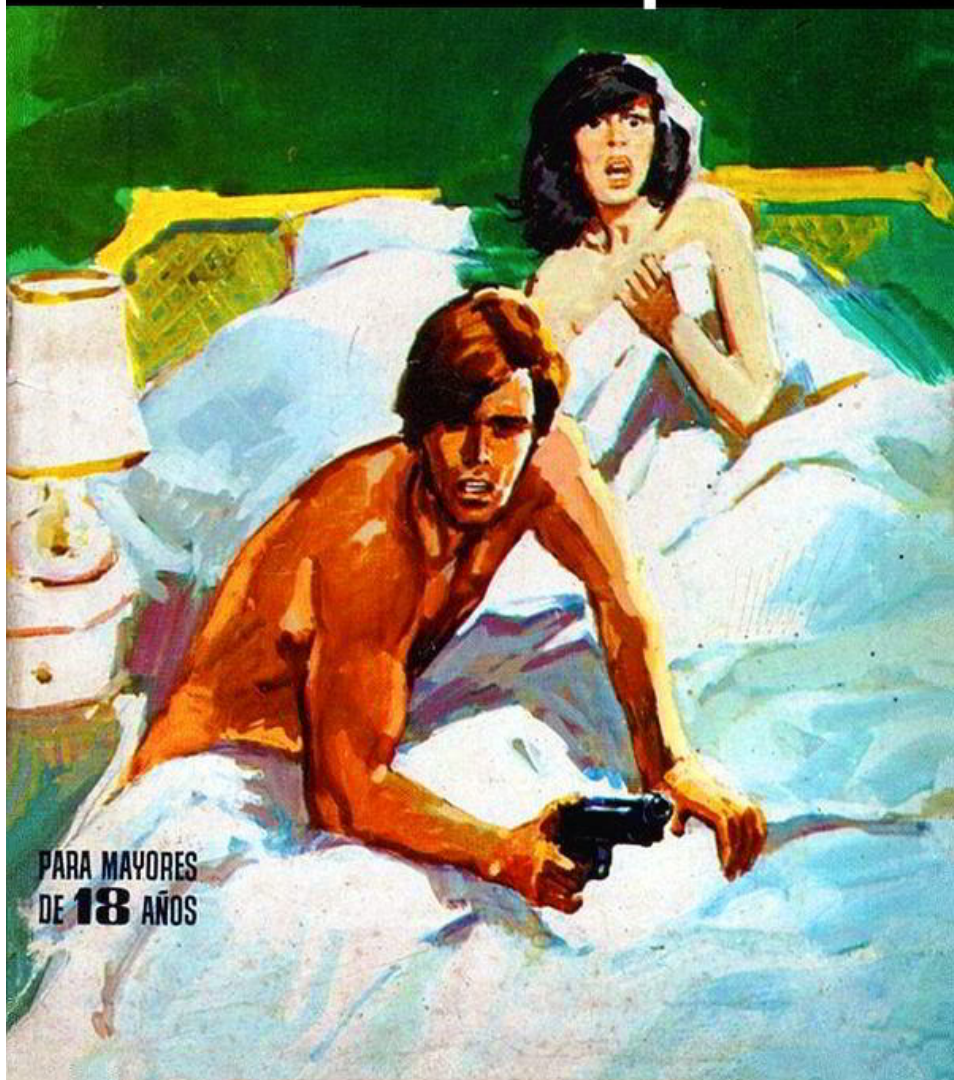


SERVICIO
SECRETO

SS

EL ESPIA QUE SURGIO DE LA CAMA

Joseph Berna



PARA MAYORES
DE 18 AÑOS

El tipo, al que se le podían conceder unos veintiocho años de edad, moreno, no mal parecido, sonrió agradablemente y dijo:

—Lamento haberte asustado, preciosa.

Deborah Cole, recordando que, menos el sexo, lo enseñaba todo, se cubrió el pecho con los brazos.

—¿Quién es usted? —preguntó temblando, y no precisamente de frío.

—Me llamo Roger. ¿Y tú?

—Deborah.



Joseph Berna

El espía que surgió de la cama

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1544

ePub r1.0

Lds 24.01.19

Título original: *El espía que surgió de la cama*

Joseph Berna, 1980

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Deborah Cole.

Veinte años de edad.

Alta.

Rubia.

Hermosa...

Había obtenido recientemente el título de *Miss Piernas*, celebrando precisamente allí, en Miami, Florida.

Deborah Cole podría haber obtenido también el título de *Miss Caderas*.

O el de *Miss Pechos*.

O el de *Miss Trasero*.

Y sin necesidad de recomendación, en ninguno de los casos.

Pero, como la que más y la que menos sí buscaba quien le echase una manita para ayudarla a triunfar en esa clase de concursos, en los que no siempre gana la participante que más se lo merece, Deborah Cole también lo había hecho.

La noche antes de celebrarse el concurso, en uno de los más famosos hoteles de la ciudad, Deborah se presentó en la residencia de Errol Black, uno de los hombres más influyentes de Miami.

Errol Black no le echó una manita, le echó las dos.

A Deborah no le sorprendió, pues conocía la fama de mujeriego del tal Errol, y ya contaba con ello.

Deborah Cole pasó la noche en la maravillosa casa de Errol Black... Y veinticuatro horas después era proclamada *Miss Piernas*.

Deborah, que con el título ya en el bolsillo, volvió a la residencia de Errol Black, para darle las gracias.

Se las dio en la cama, claro.

Y lo mejor que supo, pues deseaba que Errol Black la invitase a

pasar una temporada en su fastuosa residencia Lo consiguió.

Ya llevaba una semana allí.

Complaciendo en todo a Errol Black.

A cambio, esperaba conseguir que Errol Black la ayudase a obtener el título de *Miss Florida*, y, más adelante, el de *Miss América*.

Deborah Cole todavía no había hablado del asunto con Errol Black, porque temía que él sospechase que estaba en su residencia sólo por eso.

Pensaba hacerlo aquella noche, muy sutilmente, cuando se fuesen a la cama, y él la tuviese entre sus brazos, completamente desnuda.

Sería el momento ideal para abordar el tema.

Deborah estaba impaciente porque ese momento llegara pero Errol Black no parecía tener ninguna prisa por acostarse aquella noche.

Se hallaban los dos en el jardín, cómodamente repantigados en sendos sillones de mimbre, cerca de la hermosa piscina, iluminada por dentro con luces de colores. Errol Black, un tipo alto y robusto, de cuarenta y dos años de edad, cabello gris, y facciones enérgicas, se llevó la mano al bolsillo de la veraniega camisa y atrapó uno de los tres cigarros que llevaba en él.

Después de olisquearlo con deleite, porque era un fumador empedernido, se lo colocó entre los dientes y se dispuso a prenderle fuego con su encendedor de oro.

Deborah Cole respingó en su sillón.

—¿Vas a fumarte otro puro, Errol...?

Errol Black ladeó la cabeza y la miró.

—¿Te molesta, Deborah?

—No, no es que me moleste, pero...

—¿Pero?

—Creí que nos íbamos a acostar ya.

—¿Tienes sueño, Deborah?

—No, sólo deseos de estar en la cama contigo.

Errol Black sonrió, visiblemente halagado.

—Ven, siéntate aquí, sobre mis rodillas —indicó, devolviendo el puro al bolsillo. Esto último alegró a Deborah Cole, pues pensó que había hecho cambiar de idea a Errol Black, y éste ya no iba a

fumarse el habano.

Se levantó del sillón y descansó su formidable trasero sobre los musculosos muslos masculinos, cercando seguidamente el grueso cuello de Errol Black con sus brazos desnudos, cálidos y suaves.

El, por su parte, rodeó con su brazo izquierdo la cintura de ella, desnuda, porque el vestido que lucía Deborah Cole era de dos piezas, la superior no mucho mayor que un sujetador, y la inferior abierta por delante, lo cual le permitía exhibir también sus esculturales piernas, maravillosamente bronceadas, como todo su cuerpo.

La otra mano de Errol Black se posó sobre los hermosos y aterciopelados muslos femeninos, acariciándolos con suavidad, mientras su boca buscaba la de Deborah Cole, que ya le esperaba, carnosa y sensual.

Se besaron ávidamente.

Deborah, con el propósito de excitar a Errol Black, se abrió paso con su lengua a través de los labios y los dientes de él, y comenzó a explorar eróticamente su boca. Al propio tiempo, presionó con su agresivo trasero, con el fin de transmitir todo el calor de su carne prieta y joven al cuerpo de él. Y lo mismo hizo con sus rotundos senos, aplastándolos contra su pecho.

No tardó en lograr lo que pretendía, y Errol Black, encendido, le estrujó los muslos y luego hizo lo propio con sus pechos, aprisionándolos por encima del liviano tejido. Deborah Cole se dijo que era el momento de interrumpir el excitante beso, y separó su voraz boca de la de Errol Black, a quien sonrió turbadoramente.

—Vámonos a la cama, cariño.

—Me gustaría, pero no puedo —respondió él.

—¿Por qué?

—Estoy esperando a alguien.

—¿A quién?

—Es un asunto de negocios.

—Qué lata.

—No tardará en llegar, estoy seguro.

—¿Y cuánto tardarás en despacharle?

—Sólo unos minutos.

—¿Seguro?

—Te lo prometo.

Las suaves manos de Deborah Cole se deslizaron hasta el pecho masculino, por entre la abierta camisa, y jugaron con el abundante vello que lo cubría y con las tetillas, que se irguieron enseguida.

—Te deseo, Errol —dijo, con voluptuoso gesto.

—Y yo a ti, Deborah —repuso él, oprimiéndoselo todo, a dos manos ya.

—Te espero arriba.

—Subiré lo antes que pueda.

—Me encontrarás en la cama.

—El mejor sitio.

—Desnuda...

—Cúbrete con la sábana, no te pique algún mosquito.

—Yo sólo me dejo picar por ti.

—Qué ricura de chica.

Deborah le mordió el labio inferior, a modo de despedida, y se levantó de los muslos masculinos, entre los cuales parecía haber algo que antes no estaba.

Sí que estaba, lo que pasa es que ahora abultaba mucho más.

A Deborah no le sorprendió, ya había sentido su presión contra sus firmes nalgas.

Bien.

Aquello haría que, efectivamente, Errol Black despachase cuanto antes el asunto que tenía que tratar aquella noche, para poder desahogarse debidamente con ella. Deborah Cole echó a andar hacia la puerta del jardín, sin prisa, moviendo sensualmente las caderas.

Errol Black volvió a ponerse el puro entre los dientes.

No lo encendió.

Lo mordió.

Y lo hizo con rabia, porque eran otras cosas las que deseaba morder.

Deborah Cole alcanzó la puerta.

Antes de cruzarla, volvió la cabeza un instante.

Al ver a Errol Black masticando el habano, no pudo reprimir una risita de satisfacción. Después, abandonó definitivamente el jardín, encaminándose hacia la escalera de mármol que conducía a la planta superior.

Allí estaba la alcoba de Errol Black.

Se trataba de una pieza doble.

En la primera había un largo sofá, dos espléndidos sillones una mesa ratona, y un bar, magníficamente surtido.

Deborah sintió deseos de tomar algo, y se colocó detrás de la barra. Frente a ésta, precisamente, se hallaba la hermosa terraza, con las puertas abiertas de par en par.

Deborah descubrió, a lo lejos, entre los árboles que circundaban la propiedad, a uno de los hombres que estaban a las órdenes de Errol Black, y que vigilaban la residencia día y noche.

No supo exactamente cuál de ellos era, dada la distancia, pero adivinó que el tipo miraba hacia allí.

A ella, concretamente.

Deborah decidió alegrar un poco la vista del individuo, y ni corta ni perezosa se desprendió de la pieza superior del vestido, y así, con sus hermosos senos al aire, se sirvió la bebida.

Tomó un sorbito de licor y luego salió de detrás de la barra, con naturalidad, como si ignorara que estaba siendo observada por un hombre.

Con mucha naturalidad, también, se despojó de la falda, y casi se puede decir que quedó desnuda, porque la braguita rosa era tan audazmente reducida que apenas alcanzaba a cubrir los dorados rizos de su pubis.

Y, por detrás, aún cubría menos.

El tipo que la observaba debía tener la cara congestionada, ya.

Para que se le congestionara más, la perversa Deborah hizo como que se le caía algo al suelo, y se agachó para recogerlo. De espaldas a la terraza y sin doblar las piernas.

La exhibición de pandero fue realmente portentosa.

Y deliberadamente prolongada.

El tipo debía de estar rabiando por no tener a mano un catalejo de pirata.

Deborah Cole se irguió por fin, como si nada, y tomó otro sorbito de licor, nuevamente de cara a la terraza.

Mientras bebía, miró al tipo.

Seguía entre los árboles.

Quieto como una estatua.

A Deborah le pareció que tenía la boca abierta.

No quiso alargar más su descarada exhibición, no fuera que al tipo le diese algo, y caminó hacia la puerta que comunicaba con la otra pieza, que era el dormitorio. Entró en él tal como iba, llevando la copa de licor en la mano diestra y las dos piezas de su vestido en la otra.

Eso, el tener ambas manos ocupadas, le impidió encender la luz, por el momento. Pero tampoco hacía falta, porque la de la pieza contigua llegaba hasta ella, alumbrándola lo suficiente como para no tropezar con nada.

Deborah arrojó su vestido sobre una silla y caminó hacia el cuarto de baño, con intención de darse una ducha de agua fría.

Encendió la luz del baño, y el dormitorio se iluminó un poco más.

Lo suficiente como para que Deborah descubriese algo que no pudo descubrir antes. ¡En la cama había un hombre!

¡Acostado!

¡Como si fuera la suya!

A Deborah Cole le resbaló la copa de las manos, que se hizo en mil pedazos al chocar contra el suelo.

No, no fue por descubrir a un hombre en la cama de Errol Black, sino porque el tipo esgrimía una pistola automática en la diestra, provista de silenciador, y le estaba apuntando con ella.

CAPÍTULO II

El tipo, al que se le podían conceder unos veintiocho años de edad, moreno, no mal parecido, sonrió agradablemente y dijo:

—Lamento haberte asustado, preciosa.

Deborah Cole, recordando que, menos el sexo, lo enseñaba todo, se cubrió el pecho con los brazos.

—¿Quién es usted? —preguntó temblando, y no precisamente de frío.

—Me llamo Roger. ¿Y tú?

—Deborah.

—¿Eres la amiguita de Errol Black?

—Si quiere llamarlo así...

—Te acuestas con él, ¿no?

—Sí, pero no por dinero.

—Pues, por amor, tampoco creo que sea... Errol Black podría ser tu padre.

—Es un hombre muy influyente, puede ayudarme en mi carrera.

—¿Qué carrera es ésta?

—Me gustaría ser *Miss Florida*. Y, más adelante, *Miss América*.

El tipo que decía llamarse Roger dio un repaso a la exuberante anatomía de Deborah Cole.

—Si yo fuera presidente del jurado, serías *Miss Florida*, *Miss América*, *Miss Mundo*, *Miss Galaxia* y *Miss Cosmos*, no te quepa duda.

Deborah sonrió, pero sólo ligeramente, porque no podía olvidar que el desconocido le apuntaba con su pistola, un arma impresionante, de esas que sólo se ven en las películas de agentes secretos.

—Es usted muy gentil, Roger.

—Y tú muy guapa, Deborah.

—¿Querría hacerme un favor?

—Pide por esa boquita tan preciosa.

—Deje de apuntarme con su pistola.

—Oh, perdona —sonrió el tipo, desviando rápidamente el arma.

Deborah sintió un gran alivio.

—Gracias, Roger. ¿Me deja ahora que me ponga la bata?

—¿Dónde la tienes?

—En ese armario.

—¿Seguro que no cogerá otra cosa?

—Le doy mi palabra.

—De acuerdo, cógela —autorizó el tipo, sin moverse de la cama.

Deborah Cole se acercó al armario, lo abrió, tomó su bata, y se la puso, de espaldas al desconocido. Luego, se volvió y, mucho más tranquila que antes, sonrió y dijo:

—Gracias de nuevo, Roger.

—De nada, pero me gustabas más sin la bata.

—Pícaro.

—Sincero, querrás decir.

—¿Puedo preguntarle qué diablos hace aquí, en el dormitorio de Errol Black, acostado tranquilamente en su cama?

—Estoy esperando al granuja de Errol.

—¿Por qué le llama granuja?

—Porque lo es.

—¿Qué hace de malo?

—Compra documentos robados, y los vende luego mucho más caros.

—¿En serio...? —Pestañeó Deborah, incrédula.

—Sí, encanto. Esta noche, precisamente, va a realizar una de esas sucias operaciones. Pero en esta ocasión le va a salir mal, pues no podrá revender los valiosos documentos robados que comprará, porque yo se los robaré a él.

—¿De veras...?

—Ya lo verás.

—¿A qué se dedica usted, Roger?

—Soy espía.

—¡Espía! —repitió Deborah, dando un respingo.

—Tranquila, no te asustes. A ti no voy a hacerte nada. Nada

malo, se entiende.

—¿Y bueno, sí?

—Depende de ti. Yo ya estoy metido en la cama. Si quieres acompañarme, podemos pasarlo muy bien, hasta que aparezca Errol Black.

—¿Qué pasaría si me negase?

—Nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Puede obligarme a todo, con su pistolón...

—Eso sería una cochinada, y no me produciría ninguna satisfacción.

Deborah Cole sonrió.

—¿Sabe una cosa, Roger?

—¿Qué?

—Me gustaría meterme en la cama con usted.

Roger levantó la sábana.

—Ya tardas, preciosa.

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—Errol Black.

—No te entiendo.

—Cuando suba y me vea en la cama con usted...

—Oh, por eso no te preocupes. Puedes decirle que te obligué a punta de pistola.

—Eso había pensado yo, pero no sabía si usted estaría de acuerdo en que lo dijese.

—Totalmente de acuerdo, ya lo ves.

—Problema resuelto, pues —volvió a sonreír Deborah Cole, y fue hacia la cama, desatándose ya el cinturón de la bata.

Un instante después, se hallaba entre los brazos del espía, largos y vigorosos, que la estrechaban con calor, mientras su boca y la de él se fundían en un beso cargado de pasión y de deseo.

CAPÍTULO III

Abajo, en el jardín, ignorante por completo de que la bella y sensual Deborah Cole estaba gozando con otro hombre, y que éste iba a causarle no pocos problemas aquella noche, Errol Black esperaba impaciente la llegada de Dino Gibbs, el tipo que iba a venderle los valiosos documentos robados.

De pronto, se escuchó un ruido.

Errol Black miró al cielo.

El ruido, producido por un motor, llegaba de allí.

Un helicóptero se acercaba, aunque todavía no podía divisarse.

—¡Ya está aquí! —exclamó Errol Black, saltando del sillón de mimbre.

Segundos después el aparato aparecía en el cielo.

Los hombres de Errol Black también habían descubierto el helicóptero, y cuatro de ellos corrieron hacia la pista de tenis, el lugar donde el aparato se disponía a tomar tierra. Los cuatro iban armados con pistolas, aunque ninguno de ellos extrajo su arma, por el momento.

Errol Black también corrió hacia la pista de tenis.

El helicóptero ya se estaba posando en ella.

Poco después, la puerta se abría y un hombre saltaba al suelo, portando un maletín. El tipo, alto y delgado, corrió encogido, para que las hélices del aparato, que todavía giraban con fuerza, no le dejaran sin cabeza.

—¡Dino! —exclamó Errol Black, sonriente.

—¿Qué tal, señor Black? —sonrió también el flaco, estrechando la ancha mano del propietario de la villa.

—¿Traes los documentos?

Dino Gibbs alzó el maletín.

—Aquí están.

Errol Black le palmeó la espalda.

—Eres genial, Dino.

—No crea que fue fácil, señor Black.

—Ya lo supongo. Vamos a mi despacho.

Dino Gibbs hizo una seña a: piloto del helicóptero, indicándole que esperara, y acompañó a Errol Black.

Un par de minutos después, se hallaban en el despacho del dueño de la lujosa residencia.

—Saca los documentos, Dino —rogó Errol, con viva ansiedad.

Dino Gibbs depositó su maletín sobre la mesa y lo abrió.

Dentro había un sobre amarillo.

Gibbs lo tomó y se lo entregó a Errol Black, quien, nerviosamente, extrajo los documentos que contenía.

—Sí, éstos son —sonrió, tras haberlos examinado con mucha atención, para asegurarse de que eran auténticos. Los volvió a meter en el sobre y miró a Gibbs, diciendo—: Enseguida te doy los cien mil dólares, Dino.

—Quiero doscientos mil, señor Black.

Las pupilas de Errol Black emitieron un centelleo.

—¿Qué has dicho, Dino?

—Que quiero doscientos mil dólares, señor Black.

—Estás loco.

—Estoy cuerdo como usted.

—Acordamos que te pagaría cien mil.

—Sí, pero entonces yo no sabía que estos documentos me iban a costar tanto conseguir. Estuvieron a punto de abatirme a tiros, y resultó milagroso que saliera ileso.

—Dino...

—Usted sacará no menos de quinientos mil por ellos, estoy seguro. Aunque me pague doscientos mil, aún le quedan trescientos mil de beneficio.

—Cierto, no voy a negarlo. Pero no es menos cierto que esos documentos no tienen ningún valor para ti. Nadie te los compraría, porque sólo yo sé a quién le interesan. Y también entraña un riesgo llevárselos a esa persona, Dino.

—Lo sé.

—Te daré los cien mil acordados, ni un dólar más.

—Doscientos mil, o no hay trato.

El rostro de Errol Black empezó a congestionarse.

—No me provoques, Dino.

—No es ésa mi intención, señor Black, se lo aseguro. Creo que lo que pido es justo.

—Está bien, te daré ciento cincuenta mil, y no discutamos más.

—Doscientos mil —se mantuvo firme Dino Gibbs.

Por un instante pareció que a Errol Black iba a darle un ataque, pero no llegó a suceder tal cosa.

—Te daré los doscientos mil, Dino, pero no quiero volver a saber nada de ti, —bufó—. Nuestras relaciones han terminado.

Gibbs sonrió irónicamente.

—No importa, señor Black. Tenía pensado retirarme, después de este trabajo.

—Por eso me has apretado tanto, ¿eh, maldito? —masculó Errol, ronco de rabia.

—Insisto en que lo que pido es justo.

—Bien, no quiero discutir contigo —gruñó Errol Black, y se acercó a la caja fuerte.

Marcó la combinación, abrió la puerta, y extrajo doscientos mil dólares.

—Aquí los tienes, bastardo —dijo, dejándolos sobre la mesa.

—Sin insultar, señor Black —sonrió Gibbs, tomando los fajos de billetes y guardándolos en su maletín.

—¿No los cuentas?

—Me fío de usted, señor Black.

Errol Black guardó los valiosos documentos en la caja fuerte y cerró la puerta.

—Vámonos —rezongó, echando a andar.

Dino Gibbs lo siguió.

Salieron del despacho y se dirigieron al jardín.

El helicóptero seguía posado en la pista de tenis, sus hélices totalmente quietas ya.

Los cuatro hombres de Errol Black permanecían en el jardín, vigilando el aparato.

Errol hizo una seña disimulada a Kevin Ramsey, su hombre de confianza, un sujeto de rostro duro como el granito, con casi dos metros de estatura y ciento diez kilos de peso.

El matón entendió lo que su jefe le decía, y se preparó para intervenir.

Dino Gibbs se despidió de Errol Black.

—Hasta nunca, señor Black.

—Tú lo has dicho, Dino —repuso fríamente el dueño de la casa.

Gibbs dio la espalda a Errol Black y caminó hacia el helicóptero.

Kevin Ramsey entró en acción.

Sólo tardó un segundo en llevarse la mano a la axila zurda y extraer su «Magnum» de la funda.

—¡Cuidado, Dino...! —chilló el piloto del helicóptero.

Gibbs se arrojó de bruces al suelo y rodó por él, al tiempo que su diestra buscaba la «Luger» que llevaba en la funda axilar.

El piloto del helicóptero, mientras tanto, empuñaba una escopeta de cañones recortados.

Kevin Ramsey disparó primero sobre el piloto, incrustándole dos plomos en el pecho. El tipo lanzó un aullido de muerte y cayó sobre los mandos del aparato, llenándolos de sangre.

Dino Gibbs ya tenía su «Luger» en la diestra.

Fue todo lo que pudo hacer, extraerla de la funda, porque Kevin le perforó la frente de un certero disparo, antes de que, el accionara el gatillo.

El ladrón de documentos murió en el acto, sin exhalar el más leve gemido.

Errol Black se acercó a él y se apoderó del maletín.

—Haced desaparecer los cadáveres y el helicóptero, Kevin —dijo, y echó a andar hacia su despacho.

CAPÍTULO IV

El apuesto espía besaba y mordisqueaba golosamente los excitantes labios de Deborah Cole, mientras sus manos acariciaban el cuerpo femenino, dedicando especial atención a sus turgentes senos.

Deborah, que había gozado como nunca en el acto sexual que hacía tan sólo unos minutos había terminado, devolvía cada beso, cada mordisco, cada caricia...

Hasta los oídos de los dos llegó el ruido de un motor, y ambos interrumpieron el delicioso juego amoroso.

—¿Qué es eso, Roger? —preguntó Deborah.

—Un helicóptero —adivinó el espía.

—¿Un helicóptero...? —repitió ella, extrañada.

—En él viene Dino Gibbs, seguro.

—¿Quién es Dino Gibbs?

—El tipo que roba documentos importantes, para vendérselos a Errol Black.

—¡Oh!, entonces Errol no tardará en subir.

—¡Qué pena!, ¿verdad? —dijo Roger, reanudando los besos, el mordisqueo labial, y las caricias.

Deborah se apretó contra él, incrustándole los erectos pezones en el pecho.

—Roger...

—¿Sí, muñeca?

—¿No nos da tiempo a hacerlo otra vez?

—Si no nos entretenemos demasiado... —sonrió el espía, que se ocupaba ahora de las redondas nalgas femeninas.

—Yo ya estoy dispuesta —hizo saber Deborah, de palabra y de hecho, pues se colocó debidamente.

—Yo también —dijo Roger, saltando sobre ella.

Se acoplaron enseguida y empezaron a moverse los dos, perfectamente sincronizados, como si hubieran hecho el amor juntos cientos de veces.

Deborah Cole volvió a gozar tanto como antes en esta segunda unión sexual, y eso la hizo exhalar gemidos y grititos, mientras se aferraba con más fuerza al cuello del espía y clavaba las uñas en su musculosa espalda.

Instantes después, alcanzaban los dos la cima del placer y sus cuerpos, tras agitarse unos segundos, quedaban quietos y empezaban a relajarse.

Roger besó tiernamente el rostro de Deborah, sus hombros, sus senos...

—Nos ha sobrado tiempo, Deborah.

Ella le acarició el pelo y susurró:

—Es maravilloso hacer el amor contigo, Roger.

—Lo mismo digo, nena.

—No nos volveremos a ver, ¿verdad?

—¡Quién sabe!

—Yo no olvidaré nunca esta noche, te lo aseguro.

—Errol Black tampoco.

El eco de las palabras de Roger fue ahogado por unos disparos que sonaron de pronto.

Deborah Cole respingó bajo el cuerpo del espía, porque él no se había retirado.

—¿Qué ha sido eso, Roger...?

—Disparos. Tres, concretamente.

—¡Dios mío! —exclamó Deborah, estremeciéndose.

—Sospecho que esta vez Errol Black no ha pagado a Dino Gibbs con dólares, sino con plomo —adivinó Roger.

—¡Qué horror!

—Será mejor que me ponga el *slip*. Errol Black aparecerá de un momento a otro.

—Temo por ti, Roger.

—Tranquila, no me pasará nada. Tengo experiencia, y sé cómo desenvolverme en situaciones como ésta. Tú, pase lo que pase, no te muevas de la cama.

—Lo que tú digas.

Roger se puso el *slip* y atrapó su pistola, que había dejado bajo la

almohada.

* * *

Errol Black subía los escalones de mármol de dos en dos, porque ansiaba reunirse con Deborah Cole, estrujar aquel maravilloso cuerpo de mujer, comérselo a besos, mordisquearlo, poseerlo una vez más...

El solo hecho de pensar que iba a hacer todo aquello con ella, le excitaba, y ésa fue la razón de que, apenas entrar en su alcoba, se despojase de la camisa, de los mocasines y de los pantalones.

Así, cubierto sólo con el *slip*, a lo Tarzán, corrió hacia el dormitorio, gritando:

—¡Ya estoy aquí, Deborah!

Ella no le respondió.

Errol Black entró en la habitación como un toro, y su intención era arrojarle de cabeza sobre la cama. Sobre Deborah Cole, más concretamente.

Sin embargo, no se arrojó sobre nada.

Todo su ímpetu desapareció al descubrir que Deborah no estaba sola en la cama, sino acompañada de un tipo moreno, joven y atractivo, que rodeaba los hombros de ella con su brazo y exhibía desnudo su atlético tórax.

Errol Black quedó frenado en seco por la sorpresa, con un pie en el aire y los brazos separados del cuerpo.

Parecía la estatua de un luchador griego.

Tras boquear varias veces, como una trucha fuera del agua, consiguió decir:

—¿Qué diablos significa esto...? ¿Quién es ese tipo...? ¿Por qué estás con él en mi cama, Deborah?

Deborah Cole, que no necesitaba poner cara de asustada, porque realmente lo estaba, respondió:

—Me obligó, Errol...

—¿A qué?

—A todo...

La cara de Errol Black empezó a ponerse roja.

—¿Quieres decir que te ha...?

—Me ha... —asintió Deborah, mordiéndose los labios.

—¿Y tú lo consentiste?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Me estaba apuntando con una pistola...

—¿Pistola...?

—Ésta —se dejó oír Roger, sacando su arma de debajo de la sábana.

Errol Black, que ya casi estaba a punto de lanzarse sobre el desconocido, para propinarle la gran paliza por haber abusado de Deborah, empezó a perder el color.

—Cuidado, amigo, que ese chisme se puede disparar.

—No escupirá ninguna bala si yo no aprieto el gatillo. Y yo no apretaré el gatillo si usted no comete ninguna tontería, señor Black —repuso el espía.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Eso es cosa mía.

—Mis hombres vigilan la casa.

—Muy deficientemente, se lo aseguro.

—¿Qué es lo que quiere?

—Los documentos que Dino Gibbs robó para vendérselos a usted, y que hace un momento le trajo.

Los ojos de Errol Black relampaguearon de furia.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Yo sé muchas cosas, señor Black —sonrió Roger.

—No logrará su propósito, amigo.

—¿Dónde guardó esos valiosos documentos?

—En mi caja fuerte, que jamás logrará abrir, porque yo no le daré la combinación.

—Si no lo hace, le mataré.

—No, no me matará. Quiere los documentos, no mi cadáver. Si me liquida, no los obtendrá.

—Muerto usted, señor Black, esos documentos no tienen ningún valor, porque sólo usted sabe quién pagaría mucho dinero por ellos.

Errol Black palideció de nuevo, porque eso era una verdad como un templo.

—Maldito... —rezongó, apretando los puños.

—¿Qué decide, señor Black?

—Tú ganas, bastardo.

El espía accionó el gatillo y la bala se llevó parte del lóbulo de la

oreja izquierda del dueño de la casa.

Errol Black dio un grito y se agarró la oreja herida, que ya chorreaba sangre.

—Vuelva a ofender a mi madre, señor Black, y la próxima bala se alojará en su frente. Los dientes de Errol Black rechinaron de rabia y de dolor, pero no volvió a insultar a nadie.

—El número de la combinación, señor Black —apremió el espía. Errol Black se lo dio.

—El verdadero —dijo Roger.

—Ése es el verdadero —aseguró el cuarentón.

—Quiero advertirle una cosa, señor Black. Si marco la combinación que me ha dado, y la caja fuerte no se abre, subiré aquí de nuevo y le haré pasar el peor rato de toda su vida.

—La caja se abrirá, pero no creo que usted salga vivo de esta casa, amigo.

Roger sonrió burlonamente.

—Sus hombres son unos ineptos, ya se lo dije antes.

—No se confíe.

—Dése la vuelta, señor Black.

—¿Para qué?

—Estoy completamente desnudo, y no quiero que usted me vea saltar de la cama así. Soy un tipo muy tímido, ¿sabe?

—Ya.

—Vamos, haga lo que le digo.

Errol Black se dio la vuelta.

El espía apartó la sábana de la cama, en *slip*.

Se acercó a Errol Black.

Silencioso como un gato.

De un seco golpe, propinado con su pistola, dejó sin sentido al fornido cuarentón, quien se derrumbó como un fardo.

—Roger... —musitó Deborah Cole, irguiendo el torso, y como no se molestó en sujetar la sábana contra su pecho, sus agresivos senos quedaron al descubierto.

El espía la miró.

Y no precisamente a los ojos.

—¿Sí, preciosa? —Errol te engañó.

Roger frunció el ceño.

—¿Te refieres a la combinación de la caja fuerte?

—Sí; no es la que él te dio.

—¿Cómo lo sabes?

—La segunda noche que dormí con Errol Black, después de hacer el amor, él me preguntó mis medidas. Yo se las dije, y él me aseguró que, a partir del día siguiente, cada vez que abriese su caja fuerte se acordaría de mí.

—¿Cuáles son tus medidas, Deborah?

—92-60-91.

—Ésa es la combinación.

—Seguro.

Roger se acercó a ella, se inclinó, y la besó en los labios.

—Gracias, encanto.

—Creo que me he ganado otros dos besos más, Roger. Y ya sabes dónde quiero que me los des —sonrió maliciosamente Deborah, sacando pecho.

El espía se inclinó un poco más y le besó los cálidos senos femeninos, acariciando al propio tiempo sus deliciosos pezones con el extremo de la lengua. Deborah le agarró la cabeza y le apretó contra su pecho.

—Oh, Roger, Roger... —musitó dulcemente, con los ojos cerrados.

El espía, muy a su pesar, se irguió.

—Lo siento, Deborah, pero no puedo quedarme más tiempo contigo.

—Lo comprendo.

Roger sacó su ropa de debajo de la cama y se vistió con rapidez.

Tanto el ajustado pantalón, como la ceñida camiseta, eran negros. Las zapatillas de deporte, también negras, aunque los cordones eran rojos.

Ésa era toda su indumentaria.

—Hasta la vista, preciosa.

—Adiós, Roger. Y ten mucho cuidado, por favor —suplicó Deborah Cole.

—Lo tendré —sonrió el espía, y abandonó el dormitorio.

Agazapado, para que no le vieran los hombres que vigilaban la propiedad, cruzó la pieza contigua y salió de la alcoba de Errol Black.

Instantes después, descendía silenciosamente por la lujosa

escalera de mármol. Sin tropezarse con nadie, alcanzó el despacho de Errol Black.

Entró en él y cerró la puerta.

Se acercó a la caja fuerte.

Después de marcar la combinación que correspondía a las medidas del busto, cintura y caderas de Deborah Cole, accionó la manivela.

La pesada puerta se abrió.

Sus labios se distendieron en una sonrisa al comprobar que contenía los documentos robados por Dino Gibbs, y que él tenía que recuperar.

Los volvió a meter en el sobre y se colocó éste debajo de la camiseta, pegado al tórax.

Sin molestarse en cerrar la caja fuerte, abandonó el despacho y, con relativa facilidad, abandonó también la residencia de Errol Black, sin que los matones de éste le descubrieran.

CAPÍTULO V

Deborah Cole permaneció en la cama unos quince minutos más.

Luego, saltó de ella y se enfundó la bata, arrodillándose seguidamente junto a Errol Black.

El cuarentón continuaba inconsciente, y, si bien la herida de su oreja había dejado de sangrar, la otra, la que el espía le produjera en la cabeza, al golpearle con su pistola, todavía sangraba.

Deborah se irguió y se introdujo en el cuarto de baño, en cuyo armario había un botiquín. Lo tomó y regresó junto a Errol Black.

Le limpió ambas heridas cuidadosamente y luego las cubrió con sendas gasas, que sujetó con esparadrapo.

En el preciso instante en que la joven concluía la cura, Errol Black empezó a volver en sí. —Ay...— fue lo primero que dijo, llevándose una mano a la cabeza, justo donde ahora lucía el parche.

—Errol, cariño... —musitó Deborah, acariciándole tiernamente el rostro.

Las ideas de Errol Black empezaron a aclararse.

—¡El tipo! —rugió, irguiendo el torso de golpe—. Cálmate, Errol. —¿Dónde está, Deborah?

—Se fue.

—¿Hace mucho?

—Unos diez minutos —mintió ella, porque hacía ya casi media hora.

Errol Black se puso en pie de un salto y corrió hacia su mesilla de noche, porque allí tenía una pistola. La empuñó velozmente y gritó:

—¡Tú no te muevas de aquí, Deborah!

—Descuida.

Errol Black salió disparado del dormitorio, en *slip*, y se asomó a

la terraza.

—¡Alerta todo el mundo! ¡Hay un intruso en la casa! ¡Ha venido por los documentos que trajo Gibbs! ¡Atrapadlo, muchachos!

Kevin Ramsey y el resto de los matones extrajeron sus armas y corrieron hacia la casa. Errol Black, con la suya firmemente empuñada, abandonó su alcoba y se lanzó escaleras abajo. Fue directamente a su despacho, seguido de Kevin y otros dos hombres.

Al entrar en él, y hallar la caja fuerte abierta de par en par, casi le da un infarto. —¡Lo consiguió!— rugió, el rostro amoratado de cólera—. ¡Ese bastardo lo consiguió! ¡Le di una combinación falsa, pero el muy hijo de perra supo encontrar la verdadera!

—¿Qué es lo que ha pasado exactamente, señor Black? —preguntó Kevin Ramsey, desconcertado.

Errol se lo refirió en pocas palabras, mientras comprobaba que el desconocido sólo se había llevado los documentos robados por Dino Gibbs. Todo lo demás, incluido el dinero, seguía en la caja.

Kevin compuso un gesto raro.

—Es muy extraño que el tipo entrara y saliera de la propiedad sin que ninguno de nosotros le viera. Y, más extraño aún, que lograra abrir la caja fuerte en tan poco tiempo, sin saber la verdadera combinación.

De pronto, Errol Black dio un respingo.

—¡Deborah! —exclamó.

—¿Qué pasa con ella?

—¡Es posible que esté de parte del tipo!

Kevin Ramsey frunció el entrecejo.

—¿Conocía ella la combinación, señor Black?

—¡Sospecho que sí, porque yo le di una pista muy clara!

Uno de los matones de Errol Black carraspeó nerviosamente.

—Señor Black...

—¿Sí, Andrew?

—Creo que está usted en lo cierto, señor Black.

—¿A qué te refieres?

—A eso de que es posible que Deborah esté de acuerdo con el tipo que se llevó los documentos.

Errol Black lo agarró bruscamente por las solapas de la chaqueta, color hueso, muy veraniega.

—Habla, Andrew. Di lo que sepas.

El matón emitió otro carraspeo.

—Verá, yo me encontraba en mi puesto, vigilando, cuando, por la puerta de la terraza de su alcoba, abierta de par en par, vi a Deborah... Estaba en el bar, detrás de la barra, sirviéndose una bebida. De pronto, hizo algo que me sorprendió mucho.

—¿Qué hizo?

—Se despojó de la pieza superior del vestido y quedó con el pecho desnudo.

—¿De veras...? —se sorprendió también Errol Black.

—Sí, y poco después, se despojó también de la falda, conservando solo una minúscula braguita. Se paseó así por la estancia. De pronto, se agachó, como para recoger algo, y me enseñó todo el trasero. Tardó mucho en erguirse. Yo, entonces, pensaba que Deborah no sabía que alguien la estaba mirando, pero, después de lo sucedido...

—¿Piensas que lo hizo deliberadamente, Andrew?

—Juraría que sí, señor Black, sin duda quería distraerme, para que el tipo que se llevó los documentos pudiera colarse en la residencia por el lugar que yo vigilaba.

Errol Black le dio una bofetada.

Andrew se llevó la mano a la mejilla.

—¿Por qué me ha pegado, señor Black...?

—¡Por haberte dejado distraer, estúpido!

—Deborah tiene un cuerpo tan tentador, que...

Andrew se ganó otra bofetada, y esta vez no preguntó a su jefe por qué le pegaba.

Kevin Ramsey opinó:

—Yo también pienso que Deborah realizó ese *strip-tease* deliberadamente, señor Black. —Sí, es muy posible que sí— masculló Errol—. Yo lo averiguaré. Y va a ser ahora mismo —decidió, saliendo del despacho.

* * *

Deborah Cole paseaba nerviosamente por el dormitorio, cuando vio entrar a Errol Black. Por la cara de vinagre que traía éste, Deborah adivinó que el simpático espía había logrado apoderarse de los documentos robados y abandonar la residencia sin ser

descubierto por los hombres de Errol Black.

Se alegró muchísimo, aunque se guardó mucho de exteriorizar dicha alegría. Es más, fingió una honda preocupación.

—¿Habéis atrapado al tipo, Errol...? —preguntó, acercándose a él.

—No, logró escapar, llevándose los valiosos documentos.

—¡Cuánto lo siento!

—¿De veras lo sientes, Deborah?

—Muchísimo —mintió ella, poniéndole las manos en el velludo pecho, acariciadoras.

Errol Black le soltó un duro revés y la tiró al suelo, arrancándole un grito de dolor.

—¡Errol! —exclamó Deborah, cogiéndose la mejilla castigada.

El cuarentón la apuntó con el dedo.

—Vas a contármelo todo, Deborah.

—¿Qué es lo que tengo que contar?

—El tipo es amigo tuyo.

—¡Oh, no! —negó ella, sacudiendo la cabeza.

—Te desnudaste frente a la puerta de la terraza para distraer a Andrew, y que tu amigo pudiera colarse en mi residencia.

—¡No, Errol! ¡Me quité el vestido porque tenía calor!

—¡Mientes, zorra!

—¡Te juro que es cierto, Errol! ¡Cuando yo entré en el dormitorio, el tipo ya estaba aquí, metido en la cama!

—En la cama, ¿eh?

—¡Sí!

—Y tú te metiste también.

—¡Me amenazó con su pistola, ya te lo dije!

—¿Y qué tal te hizo el amor?

—A lo bestia.

—¿Quieres decir que no te gustó?

Deborah Cole sacudió la cabeza.

—No sentí ningún placer, de veras.

—Al contrario, gozaste tanto en sus brazos, que le diste la combinación de la caja fuerte.

—¡Se la diste tú, Errol! ¿Es que ya no te acuerdas?

—La que yo le di era falsa, y tú lo sabes.

—¿Cómo iba a saber que era falsa, si no conozco la verdadera?

—92-60-91.

¿Son éstos los números?

Sí. ¿No te recuerdan nada, Deborah?

—Pues, en este momento...

—Son tus medidas.

—¡Huy!, qué gracia —rió nerviosamente Deborah.

—A mí no me hace ninguna, nena.

—Errol, yo te juro que...

Errol Black se echó sobre ella y la agarró por el dorado cabello.

—Se acabó mi paciencia, muñeca. O hablas por las buenas, o llamo a Kevin y Andrew y les ordeno que te trabajen un poco. Te aseguro que saben hacerlo muy bien.

Un profundo estremecimiento recorrió el cuerpo de Deborah Cole al escuchar la amenaza de Errol Black.

—No puedo creer que estés hablando en serio, Errol.

—Suelta la lengua o te convencerás enseguida de que no bromeo en absoluto. —Te he dicho la verdad, Errol, tienes que creerme. Jamás había visto a ese tipo. Sé que se llama Roger porque él me lo dijo. Y que es espía.

—¿Espía? —Respingó Errol Black.

—Sí, también me lo dijo.

—¿Espía de quién?

—Eso no lo mencionó. Sabía que esta noche iban a traerte esos valiosos documentos robados, y vino con la misión de recuperarlos.

—Y los recuperó, gracias a ti.

—¡Te repito que yo no tengo nada que ver, Errol!

—Le diste la combinación de la caja.

—¡No, no, no!

—¡Kevin! ¡Andrew! —llamó Errol Black.

Los dos matones entraron en el dormitorio, y Deborah Cole se llenó de terror al oír decir al dueño de la casa:

—Haced hablar a la chica.

CAPÍTULO VI

El audaz espía que había recuperado los documentos robados por Dino Gibbs, hizo sonar el timbre de la casa.

Una casa amplia y moderna, rodeada de cuidado césped y de hermosos macizos de flores.

Un minuto después, la puerta se abría y una bella joven de pelo castaño, que lucía unos cortísimos *shorts* blancos y una blusita roja, anudada bajo sus breves pero enhiestos senos, cuyas descaradas puntas empujaban el ligero tejido, amenazando con rasgarlo, se dejó ver.

El espía, tras dar una ojeada a las bonitas piernas de la chica, a sus marcadas caderas, al palmo de piel tersa y morena que dejaba al descubierto la blusa, y a los desafiantes pechitos que asomaban, incitantes, por el escote de la misma, sonrió suavemente y dijo:

—Hola, Grace.

La muchacha quedó un tanto desconcertada.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó.

—Lo que yo no sepa... —Se tornó contagiosa la sonrisa del espía.

La atractiva joven se cruzó de brazos.

—¿Qué más sabe de mí, vamos a ver?

—Pues, que se apellida Dewey, que pronto cumplirá los veintiún años, que no tiene novio, aunque no es por falta de pretendientes, que le chiflan los helados de vainilla y las fresas con nata, que le encanta nadar y jugar al tenis, que tiene un precioso lunar en el seno izquierdo...

—Eso último es falso.

—Lo estoy viendo, guapa.

Grace Dewey, nuevamente desconcertada, se miró el escote.

—Yo no veo nada... —murmuró.

El espía alargó la mano y retiró ligeramente la blusa, descubriendo un poco más el seno izquierdo de la muchacha, que mostró levemente la oscura aureola de su pezón.

Ella le pegó un zarpazo.

—¿Qué hace, atrevido...? —exclamó, enrojeciendo.

—Sólo trataba de señalarle el lugar exacto donde...

—Su cara sí que voy a señalar yo, pero va a ser de una bofetada.

—Insisto en que tiene un lunar en el seno izquierdo.

—Me miro al espejo desnuda todos los días, cuando salgo de la ducha, y no tengo ningún lunar. Ni en el seno izquierdo, ni en ningún otro sitio.

—Le aconsejo que vaya al oculista, pues.

—Y yo le aconsejo a usted que se vaya al cuerno —masculló la joven, y se dispuso a darle con la puerta en las narices.

—No le conviene cerrarme la puerta, Grace —advirtió el espía.

—¿Por qué?

—Traigo algo para su padre.

—Si vende corbatas, éstas no son horas. Vuelva mañana.

No vendo corbatas.

¿Rotuladores, tal vez?

—Tampoco.

—Claro, cómo no caí antes. Usted vende llaveros. Tiene cara de eso.

El espía sonrió.

—Puede que tenga cara de llavero, pero no los vendo —repuso.

—¿Qué es lo que vende, entonces? —Nada.

—¿Qué lleva en ese maletín, pues?

—Documentos. Y son muy importantes, se lo aseguro.

Grace Dewey dilató sus preciosos ojos verdes.

—No serán los documentos que...

—Lo son, Grace.

—¿Fue usted quien los robó? —preguntó la joven, con cierto temor.

—No, yo me he limitado a recuperarlos —explicó el espía.

—¿Es policía?

—No.

—¿Entonces...?

—Soy espía, Grace.

La joven dio un fuerte respingo.

—¿Espía...? —repitió, dilatando sus ojos mucho más que antes.

—Sí.

La muchacha se llevó la mano al corazón.

—Ay, creo que me va a dar algo.

—Acertó —dijo el espía, y le dio un beso, después de pasarle el brazo por la desnuda cintura y atraerla hacia sí.

Grace Dewey se hallaba tan perpleja que no rechazó el beso, aunque tampoco lo devolvió. Cuando el espía separó sus labios de los de ella, y soltó su delgada cintura, la joven tartamudeó:

—¿Cómo..., cómo se ha atrevido a...?

—¿Es la primera vez que la besa un hombre?

—No.

—Entonces, no ponga esa cara de asombro.

Grace Dewey apretó sus gordezuelos labios.

—Si no fuera usted quien es, le daba una bofetada que lo dejaba sordo.

—Hagamos el amor, no la guerra, dijo el poeta.

—Abriéndose la bragueta.

La carcajada del espía fue de lo más sonora.

—¡Muy bueno eso, Grace! —Aplaudió.

La joven, aunque no quería hacerlo, sonrió.

—Lo dije sin pensar —pareció disculparse.

—Pues la salió, redondo.

—Seguro que ahora piensa que soy una descarada.

—El único descarado que hay aquí, soy yo.

—Eso ya me lo demostró, besándome.

Sea sincera. ¿Verdad que en el fondo no le disgustó?

Sí que me disgustó, porque no me agrada que me besen así, de pronto, sin avisar.

—La próxima vez, le enviaré un telegrama.

—Como lo abra mi padre... —bromeó la joven.

El espía volvió a reír.

—Me gusta usted, Grace. Y no sólo porque es bonita y posee un cuerpo esbelto, sino porque tiene sentido del humor.

—Usted tampoco es manco en ese aspecto. Parece mentira que sea espía.

—¿Por qué?

—Bueno, según tengo entendido, los espías son unos hombres fríos y enigmáticos.

—Los de antes, tal vez. Los de ahora somos alegres y simpáticos. Aquí me tiene a mí, siempre dispuesto a pasarlo bien con quien sea. Y si pudiera ser con usted, mejor. —¿Qué me está proponiendo?

—Todo.

—Pues lo siento por usted, pero de mí va a conseguir muy poco.

—El tiempo lo dirá.

—Lo mismo da que llueva o que haga sol.

—Muy aguda.

Grace Dewey volvió a cruzarse de brazos.

—¿Puedo preguntarle su nombre, señor espía?

—Me llamo Roger.

—¿Alias el qué?

—Alias el nada. Roger a secas. Y si me promete no revelárselo a nadie, le diré también mi apellido.

—Prometido.

—Horton; Roger Horton.

—Encantada de conocerle, señor Horton.

—Utilice mi nombre de pila, por favor.

—Entendido, Roger.

—Lléveme ante su padre, Grace.

La joven compuso una mueca.

—Me temo que eso va a ser un poco difícil, Roger.

—¿Por qué?

—No está en casa. Desde que esos documentos fueron robados de su empresa, anda por ahí de un lado a otro, y yo apenas le veo. Ésa es la razón de que no me haya acostado todavía. Le estoy esperando, para charlar un poco con él.

—Le esperaremos juntos, si no le importa.

—En absoluto. Pase usted, Roger.

—Gracias.

El espía entró en la casa.

Grace Dewey cerró la puerta y rogó:

—Sígame, Roger.

—No mueva demasiado las caderas, o se ganará una palmada donde usted sabe —advirtió el espía, clavando los ojos en el firme

trasero femenino.

—¿Pierde el control de sí mismo por tan poca cosa? —sonrió coquetamente la joven. Sólo cuando me conviene perderlo.

—Entonces, será mejor que camine a mi altura. No quiero que me ponga una nalga colorada.

Roger Horton dio un par de zancadas y se colocó al lado de Grace Dewey, que lo condujo a un espacioso *living*. —Póngase cómodo, Roger— indicó la muchacha. —Gracias— repuso el espía, sentándose en el sota.

—¿Qué le apetece tomar?

—¿De verdad quiere que se lo diga?

—Yo no soy bebible, Roger.

—Pero sí comestible.

—Tampoco.

—Siéntese sobre mis rodillas y verá.

—Hablemos en serio, por favor.

—¿Quién bromea?

—Usted, porque no puedo creer que sea verdad eso de que quiere comerme.

—Ni los huesos dejaría.

—¿A que lo mando a la porra?

El espía rió.

—*Whisky* con hielo, por favor.

—Vaya, menos mal que lo dijo —rezongó Grace Dewey, y se dispuso a preparar las bebidas.

CAPÍTULO VII

Errol Black se apartó de Deborah Cole, para que Kevin y Andrew pudieran ocuparse de ella.

Los dos matones se acercaron lentamente a la muchacha, con siniestra expresión.

Deborah, pálida y temblorosa, retrocedió, suplicando:

—No... Por favor, no...

—Habla y no te pasará nada —aseguró Errol Black.

Deborah Cole no se lo creyó.

Si ella confesaba que le había dado la verdadera combinación de la caja fuerte al espía, Errol Black ordenaría a sus matones que le dieran un buen escarmiento.

Incluso puede que ordenara su muerte...

Deborah decidió seguir negando que ella hubiese ayudado al espía, aunque no sabía cuánto tiempo podría resistir las «caricias» de Kevin y Andrew.

Ambos continuaban acercándose a ella.

Deborah se arrastró por el suelo hasta que su espalda topó contra la pared, y ya no pudo retroceder más.

Kevin y Andrew se detuvieron junto a ella.

—Aún estás a tiempo, Deborah —dijo Errol Black.

—¡He dicho todo lo que sé, Errol! —gritó la joven, haciendo un gallo con la voz, de puro terror.

—Adelante, muchachos —indicó el cuarentón.

Kevin y Andrew se dejaron caer sobre Deborah Cole, que empezó a chillar como una loca, aun antes de que ellos le hicieran ningún daño.

Kevin la tumbó boca abajo y le puso las manos sobre la espalda.

—Sujétale tú las piernas, Andrew —indicó a su compañero.

Andrew se colocó sobre la cara posterior de las rodillas de la muchacha y le agarró los tobillos, sujetándolos contra el suelo.

—Ya está, Kevin.

—Bien. Para empezar, le trabajaremos los dedos. Tú los de los pies, y yo los de las manos.

—Entendido.

—¡No, por Dios! —suplicó Deborah, agitándose en el suelo.

—Adelante, Andrew —dijo Kevin, y apretó las manos de la chica.

Deborah Cole aulló de dolor.

Andrew le estrujó los dedos de los pies.

Deborah aulló de nuevo, y las primeras lágrimas comenzaron a resbalar por sus amarmoladas mejillas.

—¡Piedad! —imploró.

Kevin Ramsey miró a Errol Black, pero como éste no le hizo ninguna indicación de que cesara la tortura, él y Andrew siguieron martirizando a la muchacha, cuyos alaridos de dolor encogían el estómago.

Errol Black se acercó a su mesilla de noche, extrajo un cigarro, y lo encendió parsimoniosamente. Con él entre los dientes, se aproximó al punto de la habitación donde Deborah Cole yacía boca abajo, bien sujeta por Kevin y Andrew.

—Un minuto de descanso, muchachos —dijo.

Los matones aflojaron la presión que sus duras manos ejercían sobre las manos y pies de la chica.

Deborah dejó de aullar, pero siguió llorando amargamente, porque el dolor no había desaparecido, sólo remitido.

—Es inútil que te resistas, muñeca. Acabarás por hablar, ya lo verás —profetizó Errol Black.

Deborah, entre sollozos y gemidos, dijo:

—Estás en un error, Errol... No conozco al espía, yo no le di la combinación de la caja fuerte...

—¿Por qué no te ató y te amordazó, antes de irse?

—No era necesario, yo estaba demasiado asustada, porque él juró que me mataría si gritaba o intentaba salir de la habitación —se le ocurrió decir a Deborah.

—Lo otro hubiera sido mucho más seguro. O dejarte sin sentido de un golpe en la cabeza, como hizo conmigo.

—El sabía que yo le obedecería. Estaba aterrada, ya te lo he dicho.

—Mentiras, todo mentiras.

—¡Es la verdad, Errol!

El rostro de Errol Black sufrió una contracción de ira.

—¡Ponedla boca arriba! —ordenó a sus matones.

Kevin y Andrew se apresuraron a obedecer, y el primero sujetó las manos de la joven contra el suelo, más arriba de su cabeza, mientras el segundo le sujetaba las piernas por los tobillos, férreamente.

Con tanto ajetreo, la bata de Deborah Cole se había abierto por abajo, y sus torneados miembros inferiores estaban al aire hasta muy arriba.

Esto, sin embargo, no debía ser suficiente para los planes de Errol Black, pues el cuarentón se agachó de pronto y soltó con brusquedad el cinturón de la bata, que luego abrió de par en par, dejando al descubierto el hermoso cuerpo de Deborah, totalmente desnudo.

Los ojos de Kevin y Andrew recorrieron ávidamente las apetecibles formas de la muchacha, y podía leerse en ellos el deseo de estrujarlas con sus manos.

Deborah Cole pensaba que eso precisamente iba a ordenar Errol Black a sus matones, que abusaran de ella del modo más violento y salvaje.

Pero se equivocó.

Errol Black dio una larga chupada a su cigarro, para que la brasa alcanzara su máxima intensidad. Entonces, se lo quitó de la boca y lo acercó a los senos de la aterrorizada Deborah, diciendo:

—Esto te va a doler más que el trituramiento de dedos, preciosa.

Deborah Cole creyó morir de espanto, al adivinar que Errol Black tenía la diabólica intención de aplastar la gruesa brasa del cigarro contra sus pechos desnudos, y estuvo a punto de confesarlo todo.

El recordar, sin embargo, que eso podía suponer su muerte, la mantuvo callada. Y, para darse ánimos, se dijo que quizá sólo se tratase de una amenaza para hacerla hablar.

Desgraciadamente para ella, no fue solo una amenaza, y el canalla de Errol Black siguió acercándole lentamente la brasa del

puro hasta que ésta tocó la suave piel del pecho femenino, causándole una amplia y dolorosa quemadura en el seno derecho, justo sobre la rosada aureola del pezón.

El alarido que lanzó Deborah Cole debió escucharse en toda la casa y aún fuera de ella, y de tal forma se convulsionó su desnudo cuerpo, que Kevin y Andrew tuvieron que hacer un gran esfuerzo para que la muchacha no recuperase la libertad de sus extremidades superiores e inferiores.

Errol Black, insensible al terrible sufrimiento de la joven, le dio otra larga chupada al cigarro y dijo:

—¿Hablas, encanto, o te quemo el otro pecho?

Deborah Cole, rígida todavía de dolor, porque tenía la sensación de que un lobo hambriento le estaba devorando el seno objeto de la canallada, no pudo resistir más y confesó:

—Yo..., yo le di la combinación al espía...

—Vaya, por fin te decidiste a soltar la lengua —dijo Errol Black, con una amplia sonrisa de satisfacción—. Bien, preciosa. Ahora dime cómo se llama el tipo.

—Roger...

—¿Roger qué?

—No lo sé.

—Es tu amigo, tienes que conocer su apellido.

—No, no es mi amigo... Le di la combinación de la caja fuerte porque me cayó simpático, y me trató bien en todo momento. No es verdad que me hiciera el amor a lo bestia, sino con ternura y delicadeza.

—Perra... —masculló Errol Black, enrojeciendo de cólera.

Deborah Cole, con los ojos cerrados y el rostro bañado en lágrimas, suplicó:

—No me torturéis más, por favor. Ya he confesado. —Yo sigo creyendo que el tipo es su amigo, señor Black— opinó Kevin.

—Y yo —dijo Andrew.

—No, os juro que no —insistió Deborah—. Y hay algo que lo demuestra. Yo conocía la combinación de la caja. Si hubiese estado de acuerdo con el espía, se la habría dado sin necesidad de que él se arriesgara sorprendiéndote a ti, Errol. Hubiera ido directamente a tu despacho y se habría llevado los documentos sin que nadie le viera.

Errol Black y sus matones quedaron pensativos.

—La chica tiene razón en eso, señor Black —dijo Kevin.

—Sí, creo que ahora dice la verdad —rezongó el cuarentón.

—¿Y el *strip-tease* que realizó frente a la puerta de la terraza...? —observó Andrew—. No me quité la bragueta, sólo mostré mis senos —recordó Deborah—. Muchas mujeres se bañan así en las playas, sólo con el pantaloncito, y nadie se muere por eso. Además, yo no sabía que Andrew me estaba mirando, Errol.

—Yo creo que sí lo sabía, porque la exhibición de trasero fue sensacional —masculló Andrew.

Errol Black le dio una bofetada.

—¡Señor Black! —exclamó el matón, que esta vez pudo masajearse la mejilla castigada, porque para eso tenía que soltar las piernas de Deborah, y nadie se lo había ordenado.

—Si Deborah dice que no lo sabía, es que no lo sabía —dijo duramente Errol—. ¿Estamos?

—Estamos —asintió sumisamente Andrew, aunque no comprendía nada.

—¿Va a perdonar a la chica, señor Black, después de lo que hizo? —preguntó Kevin Ramsey, sorprendido.

Deborah Cole miró a Errol Black, más sorprendida aún que la pareja de matones. —Es posible, Kevin— respondió Errol—. Lo que hizo estuvo muy feo, pero creo que ya se lo hemos hecho pagar, estrujándole los dedos de las manos y de los pies, quemándole un pecho. Si ella promete portarse bien en lo sucesivo...

—¡Oh, sí, Errol! ¡Te juro que sí! —dijo Deborah, como quien se agarra a un clavo ardiendo.

Errol Black le acarició el otro seno con suavidad, como si fuera la persona más tierna y cariñosa de este mundo, y ordenó:

—Soltadla, muchachos.

Kevin y Andrew obedecieron, aunque se advertía que no estaban de acuerdo con la decisión de su jefe.

Errol Black, mientras cerraba la bata de Deborah, ocultando su tentadora desnudez, miró a sus matones y dijo:

—No os preocupéis por los documentos que se llevó el espía, muchachos. Sé cómo recuperarlos.

CAPÍTULO VIII

Thomas Dewey, cuarenta y ocho años de edad, delgado, de estatura corriente y cabello plateado, metió su coche en el garaje de su casa y luego entró en ésta, con gesto cansado.

Al ver encendidas las luces del *living*, se dirigió hacia allí.

Lo que descubrió le dejó parado.

Grace, su hija, estaba siendo largamente besada por un tipo que vestía de negro, cuya mano acariciaba una y otra vez los desnudos muslos de ella.

Thomas Dewey emitió una tosecita, para que su hija y el tipo reparasen en su presencia y dejaran de darse el pico de aquella manera tan descarada.

La cosa dio resultado, y Grace y Roger se separaron en el acto, ella visiblemente azorada.

—Papá, qué sorpresa... —sonrió nerviosamente la joven.

—Sorpresa la mía, hija —repuso Thomas Dewey, serio.

—Sólo nos estábamos besando, papá.

—¿Y qué pretendíais, batir el récord de duración?

Grace no supo qué responder.

El espía carraspeó y dijo:

—Disculpe usted, señor Dewey, pero...

—No me gusta que le toquen las piernas a mi hija —le cortó el padre de Grace.

—Sólo eran unas caricias sin malicia.

—Eso es lo que yo no sé, joven.

Grace intervino:

—Papá, tú me conoces, y sabes que yo no lo hubiera permitido si...

—Mejor que no hablemos mas de ello, Grace. Y dile a tu amigo

que se largue. No son horas de recibir visitas.

—Roger no es mi amigo, papá.

—¿Ah, no...? Pues, menos mal, porque si llega a serlo... —
repuso Thomas Dewey, sarcástico.

—Roger vino a verte a ti, papá.

—No me digas.

—Es cierto, señor Dewey —confirmó el espía.

—Ya. Y, mientras yo llegaba, se entretenía con mi hija.

—Me gusta Grace, no voy a negarlo.

—No serviría de nada, después de lo que he visto. Y a Grace también debe de gustarle usted. ¿No es cierto, hija?

Grace se mordisqueó los labios, antes de responder:

—Sí, me gusta Roger.

—Perfecto. ¿Cuándo es la boda?

—¡Papá! —exclamó Grace, respingando en el sofá.

—¿Qué pasa, aún no habéis fijado la fecha?

Roger sonrió con ironía.

—Le estábamos esperando a usted para fijarla, señor Dewey.

—Menos pitorreo, joven —gruñó Thomas Dewey, mirando severamente al espía.

—Si supieras lo que Roger ha hecho por ti, no le tratarías así —
dijo Grace.

—¿Qué ha hecho por mí?

—Recuperar los documentos robados.

Thomas Dewey se quedó de muestra.

—¿Te importaría repetir eso, hija? —rogó, con débil voz, porque casi no podía hablar—. Con mucho gusto, papá. Acabo de decirte que Roger recuperó los documentos que fueron robados de tu empresa. Los tiene en su maletín. —Grace señaló éste, que descansaba sobre la mesa del *living*.

El espía abrió el maletín y extrajo el sobre amarillo, el cual entregó a Thomas Dewey.

—Compruébelo, señor Dewey.

Thomas Dewey, con mano temblorosa, abrió el sobre y sacó los documentos que contenía.

—¡Es cierto...! ¡Son los documentos robados! —exclamó, loco de alegría.

—Hale, ya le estás pidiendo perdón a Roger, papá —exigió

Grace, sonriendo.

Thomas Dewey carraspeó embarazosamente.

—No sé qué decir, joven.

—Bonita forma de disculparse —rezongó Grace.

—Lo siento, hija, pero no me salen las palabras —carraspeó de nuevo Thomas Dewey.

Roger Horton sonrió.

—No es necesario que se disculpe, señor Dewey. Yo, en su lugar, hubiera reaccionado de igual modo, estoy seguro. Es normal que a un padre le siente mal llegar a casa, a altas horas de la noche, y encontrarse a su hija en brazos de un tipo al que ni siquiera conoce.

No obstante, le repito que no había mala intención por mi parte.

Thomas Dewey también sonrió.

—Estoy seguro de que no, muchacho.

—Pelota... —rezongó Grace.

—¡Hija! —la recriminó Dewey.

—No he dicho nada —tosió la joven, mientras Roger contenía la risa.

Thomas Dewey se sentó en un sillón, el que estaba más cerca de Roger Horton, y rogó:

—Dígame quién es usted, Roger, y cómo consiguió recuperar los documentos.

—Soy espía, señor Dewey, y me dedico a solucionar casos como el suyo.

—¿Espía, ha dicho...? —Pestañeó Thomas Dewey.

—Sí.

—¿Y para quién trabaja?

—Para mí.

—¿No pertenece a ninguna organización...?

—No.

—Sorprendente.

—Supongo que sí, pero es la verdad.

—¿Qué ha sido del tipo que me robó los documentos?

—Ha muerto.

Thomas Dewey y su hija respingaron a un tiempo.

—¿Lo..., lo mató usted. Roger...? —preguntó él.

No, lo mató el tipo que tenía que comprarle esos documentos, para vendérselos a cierta persona mucho más caros.

—¿Qué...? —Parpadeó Dewey—. ¿Dice que el ladrón tenía que venderle los documentos a un tipo, y éste, a su vez, a otro...?

El espía asintió con la cabeza.

—Así es, señor Dewey.

—¿Y por qué el primer comprador mató al ladrón?

—Porque le pidió demasiado dinero por ellos, supongo. Y como esa gente no se anda con chiquitas.

—¿Le robó usted los documentos al primer comprador?

—Sí.

—Entonces, sabrá quién es.

—Por supuesto.

—Dígame su nombre.

—¿Para qué? El tipo no encontrará quien se arriesgue a intentar robar de nuevo esos documentos, puede estar seguro. —Por si acaso, debo informar a la policía.

—No serviría de nada, señor Dewey. Se trata de un hombre muy influyente, y usted no puede presentar ninguna prueba contra él.

—Pero usted, sí.

—Yo no quiero líos con la policía, señor Dewey.

—Pero...

—Ha recuperado usted los documentos, ¿no?

—Sí.

—Pues olvídense de lo demás.

Thomas Dewey suspiró.

—Está bien, no insistiré. ¿Cuánto tengo que pagarle por haber recuperado los documentos?

—Lo que usted considere justo.

—¿No va a pedirme una cantidad determinada? —se extrañó Thomas Dewey.

—Nunca lo hago, señor Dewey.

—Es usted un tipo muy extraño, Roger.

—Y muy atractivo —dijo Grace.

—¡Hija! —exclamó Dewey, recriminándola con la mirada.

—Lo siento, se me escapó tosió la muchacha.

Roger le pellizcó la barbilla.

—Tiene usted un encanto de hija, señor Dewey.

—Sí, lo sé —sonrió Thomas Dewey—. Pero demasiado atrevida, a veces.

—Si llega a oír lo de la bragueta... —dijo Grace, muy bajo y al oído del espía.

—¿Qué has dicho de raqueta? —inquirió su padre.

Roger y Grace rieron alegremente.

—¿Por qué no me decís de qué os reís, y así me reiré yo también? —Gruñó Dewey. Grace iba a inventarse algo relacionado con el tenis, cuando sonó el timbre de la casa, y eso le vino muy bien a la joven para escabullirse.

—Yo abriré, papá —dijo, saltando del sofá.

Echó a andar hacia la puerta del *living*, con delicioso contoneo de caderas, porque sabía que Roger la seguía con los ojos, y eso la complacía.

—Que se va a quedar bizco, muchacho... —dijo Thomas Dewey, socarrón.

Roger Horton apartó los ojos de la tentadora grupa de Grace y miró al padre de ésta.

—¿Decía, señor Dewey...?

—Nada, no decía nada —sonrió Thomas Dewey.

Segundos después, Grace alcanzaba la puerta y abría.

El hombre que había llamado, un tipo de casi dos metros de estatura, no menos de ciento diez kilos de peso, y rostro duro como el granito, preguntó:

—¿La señorita Dewey...? ¿Grace Dewey...?

—Sí, yo soy —asintió la joven—. ¿Qué desea?

—A usted —respondió Kevin Ramsey, el hombre de confianza de Errol Black, esgrimiendo su «Magnum».

CAPÍTULO IX

A Thomas Dewey empezó a extrañarle que su hija tardara tanto en regresar. Se levantó del sillón y dijo:

—Disculpe un momento, Roger.

—No se preocupe —sonrió ligeramente el espía, que había encendido un cigarrillo.

Dewey salió del *living* y caminó hacia la puerta de la casa. La encontró abierta.

Dewey se asomó, pero no vio a su hija por ninguna parte.

—¡Grace! —llamó, reflejando los primeros síntomas de preocupación en su rostro.

No obtuvo respuesta alguna.

De pronto, reparó en algo que había en el suelo.

Se trataba de un papel, blanco, doblado.

Thomas Dewey se agachó y lo recogió. Al desdoblarlo, leyó:

«Grace Dewey ha sido secuestrada. Si avisan a la policía, la mataremos. Permanezcan átenlos al teléfono. Muy pronto recibirán instrucciones».

—Oh, Dios, no... —exclamó ahogadamente Thomas Dewey, sintiendo que el corazón se le encogía en el pecho. Volvió a mirar fuera de la casa.

Nada.

Ni rastro de Grace y de sus secuestradores.

Thomas Dewey cerró la puerta y corrió hacia el *living*, gritando:

—¡Roger...! ¡Roger...!

Cuando irrumpió en el *living*, Roger Horton ya se disponía a salir

de él, alarmado, y estuvieron a punto de chocar.

—¡Roger! —exclamó Thomas Dewey, agarrando con fuerza los robustos hombros del espía.

—¿Qué ocurre, señor Dewey...?

—¡Grace!

—¿Qué le ha pasado?

—¡La han secuestrado!

Roger Horton sintió un ramalazo de frío.

—¿Que la han qué...?

—¡Lea! —rogó Dewey, entregándole la nota dejada por los secuestradores.

El espía la leyó con rapidez.

—Malditos... —masculló roncamente, estrujando la nota entre sus dedos.

—¿Qué debo hacer, Roger?

El espía cogió a su vez los hombros del padre de Grace.

—Serenarse y esperar, señor Dewey.

—Pero...

—Usted es un hombre rico, y es lógico pensar que los secuestradores piensan pedir un fuerte rescate por su hija. Grace no sufrirá ningún daño, no tema.

—¿Está seguro de eso, Roger...?

No, Roger Horton no estaba seguro, pero para no alarmar más al padre de la muchacha, respondió:

—Completamente seguro, señor Dewey. ¿Por qué iban a causarle daño? Sólo les interesa el dinero.

—Les daré todo el que tengo, si quieren, pero que me la devuelvan sana y salva, por Dios —sollozó Thomas Dewey, los ojos apretados.

—Yo me ocuparé de eso, no se preocupe.

Dewey abrió los ojos, húmedos de lágrimas, y miró al espía.

—¿Va usted a ayudar a Grace, Roger?

—Sí, haré cuanto esté en mi mano.

Thomas Dewey iba a darle las gracias al espía, cuando de pronto sonó el teléfono.

—¡Ellos! —exclamó, respingando nerviosamente.

—Conteste, señor Dewey. Y coja el auricular de manera que yo pueda escuchar lo que le dicen —indicó Roger.

Thomas Dewey descolgó el teléfono y permitió que el espía acercara su oído al receptor.

—¿Diga?

—¿Thomas Dewey? —preguntó la voz de un hombre.

—Sí, yo soy.

—Le habla uno de los secuestradores de su hija.

—¿Cuánto quieren?

—¿Cuánto qué?

—Dinero. ¿Qué suma exigen por su rescate?

El tipo dejó oír una risita.

—Se equivoca, señor Dewey. No queremos dinero.

Thomas Dewey miró a Roger Horton, quien no estaba menos sorprendido que él.

—¿Qué es lo que quieren, entonces? —preguntó Dewey al secuestrador.

—Los documentos que le fueron robados de su empresa, hace algunos días.

Dewey volvió a mirar al espía.

Éste, con el gesto, le indicó que dijera que no los tenía.

Dewey, entendiendo, repuso:

—¿Cómo quieren que se los dé, si me los robaron?

—Alguien los recuperó para usted, señor Dewey, y no tardará en llevárselos.

—¿Quién?

—Sólo sabemos que el tipo se llama Roger.

—No conozco a ningún Roger.

—Pronto lo conocerá, no se preocupe.

—Suponiendo que sea así..., ¿dónde debo llevarles los documentos?

—Usted, a ningún sitio, señor Dewey. Queremos que sea él quien los lleve.

—¿Roger?

—Sí.

Nueva mirada entre Thomas Dewey y el espía, quien seguía con la oreja muy cerca del receptor, enterándose de todo.

—¿Adónde debe llevarlos? —preguntó Dewey.

—Al mismo lugar donde los recuperó para usted.

—¿Querrá?

—A usted le toca convencerle, señor Dewey. Se trata de la vida de su hija, no lo olvide. Si el tipo trae los documentos, la dejaremos en libertad. Si no...

El silencio de su interlocutor fue tan significativo que a Thomas Dewey se le erizó la piel.

—No le hagan ningún daño a mi hija, por favor —suplicó, con trémula voz.

—De usted depende, señor Dewey. Y también de Roger, claro.

—¿Qué pasará con él?

—Eso no debe importarle, señor Dewey.

—Pero...

—Piense en su hija, sólo en ella. Su libertad a cambio de los documentos. Lo que le pase al tal Roger, no es asunto suyo. Buenas noches, señor Dewey —se despidió el tipo, y cortó la comunicación.

Thomas Dewey permaneció con el auricular en la mano, mirando fijamente a Roger Horton.

El espía se encargó de dejar el auricular en su sitio, rezongando:

—Errol Black ha sido muy listo.

—¿Ése es el nombre del tipo a quien usted robó los documentos?

—Sí, ya no me importa decírselo. Tiene derecho a saberlo, porque Grace está en sus manos.

—¿Volverá usted a su casa, Roger?

—Por supuesto.

—El tipo querrá vengarse de usted.

—Lo sé.

—¿Y no le importa?

—Claro que me importa. Pero la vida de Grace depende de ello, y no puedo permitir que la maten.

Thomas Dewey, profundamente emocionado, apretó el brazo del espía.

—Roger...

Roger Horton esbozó una sonrisa.

—No tema, señor Dewey. Estimo mi vida más que la de nadie, y procuraré no perderla. Con un poco de suerte, le daré su merecido a ese cerdo de Errol Black y rescataré a Grace.

—Si lo consigue, yo...

—Por favor, no hablemos de dinero ahora —rogó el espía, ensanchando su sonrisa.

CAPÍTULO X

Deborah Cole se hallaba tendida en la cama, con la bata abierta, y Errol Black, todavía en *slip*, le aplicaba un ungüento en la dolorosa quemadura que él mismo le causara en el seno derecho con la brasa de su cigarro.

La joven emitió un gemido y rogó:

—Con cuidado, Errol.

—¿Te hago daño?

—Sí.

—Lo siento.

—¿Por qué fuiste tan cruel conmigo?

—Tenía que hacerte hablar, Deborah. Si lo hubieras confesado todo desde el principio...

—Tenía miedo.

—Lo sé. Pero era una tontería guardar silencio, ya lo viste.

Deborah Cole emitió otro gemido.

—Me duele mucho, Errol.

—Esto te aliviará, ya verás —aseguró el cuarentón, terminando la cura.

—También me duelen los dedos de las manos y de los pies.

Errol Black se los miró.

—Los tienes un poco hinchados, pero me temo que ahí no puedo hacerte nada.

—A ver si puedo dormirte, y dejo de sufrir.

—Oh, no, Deborah. No puedes dormirte, todavía.

—¿Por qué?

Errol Black empezó a acariciarla.

—Tenemos que hacer algo antes de dormirnos, preciosa.

—No me encuentro con ánimos, Errol.

—Claro, como tú ya hiciste el amor con el espía...

—No es por eso, de verdad. Es por el dolor que siento en el seno y en los dedos.

—Tú no tienes que hacer nada, Deborah. Yo me ocuparé de todo.

—Errol...

—Calla, no digas nada —sonrió Errol Black, y siguió recorriendo con sus manos el prodigioso cuerpo femenino.

Deborah Cole guardó silencio.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Errol Black se inclinó sobre ella y comenzó a besárselo y a mordisqueárselo todo, cada vez más excitado.

Deborah, sin embargo, no acusaba las caricias, porque el dolor era más fuerte que el placer.

A Errol Black eso no pareció importarle, y cuando el cuerpo se lo pidió, se colocó entre las separadas piernas de la muchacha y la penetró, empezando a moverse vigorosamente entre jadeos de gozo.

Como Deborah Cole seguía sin exhalar el más leve gemido de placer, Errol la miró a los ojos.

Ella los tenía cerrados.

Errol Black interrumpió sus movimientos copulatorios.

—Deborah... —La llamó, tocándole el rostro.

Ella no respondió.

Se había dormido.

Para Errol Black fue como una bofetada.

¡Era la primera vez que una mujer se le dormía en pleno acto sexual! ¡Qué vergüenza para él!

¡Su orgullo de hombre había sido pisoteado!

Por un instante, estuvo tentado de despertar a Deborah a bofetadas.

Pero no lo hizo.

Si ella no tenía ganas de gozar, él sí.

Errol Black reanudó los embates, cada vez más furiosos, hasta alcanzar el orgasmo y vaciarse en lo más profundo de la intimidad de la dormida Deborah Cole, que ni siquiera en ese momento se despertó.

El cuarentón permaneció echado sobre el desnudo cuerpo femenino hasta relajarse por completo, y entonces se retiró y se

bajó de la cama, poco satisfecho, en el fondo, porque había sido como hacer el amor con una muerta.

Errol Black cerró la bata de Deborah y fue en busca de la suya, que se enfundó sobre su cuerpo desnudo, pues no había vuelto a ponerse el *slip*.

Salió del dormitorio, cuya puerta cerró, y se asomó a la terraza, donde permaneció algunos minutos, hasta que vio llegar un coche negro.

Kevin Ramsey, Andrew, y otro de sus hombres descendieron de él.

Kevin llevaba del brazo a Grace Dewey, cuyas manos estaban atadas a la espalda y su boca amordazada.

* * *

El hombre de confianza de Errol Black caminó hacia la casa, tirando de la muchacha.

Errol salió de la terraza y esperó a que Kevin Ramsey subiera con la chica.

Instantes después, tenía a Grace Dewey ante sí.

—Buen trabajo, Kevin —dijo, satisfecho, mientras escrutaba el esbelto cuerpo de la joven.

—Fue más fácil de lo que pensábamos, señor Black, ya que nos abrió la puerta la propia Grace Dewey.

—¡Qué suerte!

—Sí.

—¿Llamaste a Thomas Dewey?

—Sí, pocos minutos después, desde una cabina telefónica.

—¿Y...?

—El tal Roger todavía no le ha llevado los documentos, pero, en cuanto lo haga, Thomas Dewey lo enviará aquí con ellos.

—Le estaremos esperando —dijo Errol Black, con un brillo vengativo en la mirada.

—¿Encierro a la chica en una habitación, señor Black?

—No, todavía no. Quiero estar un rato con ella. Ya te llamaré.

—De acuerdo, señor Black —sonrió Kevin, y salió de la estancia.

Errol Black volvió a examinar con descaro el atractivo cuerpo de Grace Dewey.

—¿Sabes que eres una chica preciosa, Grace? —dijo, dando un paso hacia ella. Grace Dewey también dio un paso, pero hacia atrás, pues leía en los ojos de Errol Black la clase de intenciones que éste tenía.

Errol rió.

—¿Me tienes miedo, muñeca...? No hay motivo, te lo aseguro. Sólo quiero que charlemos. Ven, sentémonos en el sofá.

Grace no se movió de donde estaba.

Errol Black, sí.

Y de forma sorprendente, pues de un ágil salto se plantó a menos de un palmo de la asustada muchacha y la abrazó con fuerza, obligándola a pegarse a él.

Grace Dewey se debatió, pero no pudo librarse del robusto cuarentón, una de cuyas manos cayó de pronto sobre sus nalgas, estrujándoselas por encima de los ceñidos *shorts*.

—¡Qué redondas y qué firmes...! —dijo Errol, sonriente, y trató de meter la mano por dentro del breve pantaloncito blanco.

Grace, recordando de pronto que Errol Black iba descalzo, y que ella levaba zapatos de tacón, levantó la pierna derecha todo lo que pudo y luego dejó caer el pie sobre los del cuarentón, confiando en pillarle alguno.

Y se lo pilló.

El izquierdo, concretamente.

Errol Black dio un aullido y la soltó en el acto, para poder agarrarse el pie zurdo, dos de cuyos dedos habían sido triturados por el tacón del zapato de la muchacha. —¡Maldita sea la...!— rugió, el rostro arrugado de dolor y saltando a la pata coja. Grace Dewey, aunque sospechaba que no podría ir muy lejos, con las manos atadas a la espalda, corrió hacia la puerta de la habitación, confiando en poder abrirla.

Lo consiguió, pero de poco le sirvió.

Kevin Ramsey aguardaba fuera.

Con sus casi dos metros de estatura.

Con sus ciento diez kilos de peso.

Con su rostro duró como el granito.

—¿Adónde vas con tanta prisa, monada...? —dijo con irónica sonrisa.

Grace dio media vuelta y echó a correr hacia la terraza,

esperando poder escapar por allí.

—¡Atrápala, Kevin! —rugió Errol Black, que seguía agarrándose el pie zurdo y dando saltos de mono borracho.

El matón se lanzó en pos de la muchacha, logrando atraparla antes de que llegara a cruzar la puerta de la terraza.

—¡Quieta, fierecilla! —dijo, sosteniéndola en alto sin el menor esfuerzo.

Grace se debatía y pataleaba furiosamente, tratando de golpear las duras espinillas de Kevin, pero éste no la soltó.

El matón preguntó a su jefe:

—¿Qué le hizo la chica, señor Black?

—¡Me ha hecho puré el pie zurdo de un pisotón, la muy perra! —Relinchó el cuarentón.

Kevin Ramsey sonrió.

—Se me olvidó decirle que tiene mucho genio, señor Black. ¿Sabe qué le hizo a Andrew, cuando él intentó meterle la mano por el escote?

—¿Qué le hizo?

—Le partió los labios de un cabezazo. Si viera cómo los tiene ahora, el pobre... Parecen dos canelones recién sacados del horno.

—Le está bien empleado, por meter la mano donde no debía —masculó Errol, que ya no daba saltos—. Sólo yo tengo derecho a manosear los pechos de la chica, que para eso soy el jefe.

—Eso mismo le dije yo a Andrew, señor Black, y le di una bofetada de su parte.

—Bien hecho.

—¿Qué hago con la chica, señor Black?

—Ponía sobre el sofá.

Kevin se apresuró a obedecer.

Errol Black se sentó a horcajadas sobre las rodillas de Grace Dewey, para que ella no pudiera golpearle con las piernas, y luego le sujetó el pecho con la mano izquierda, impidiéndole erguirlo.

—Lárgate, Kevin. Ya no te necesito —indicó.

—A la orden —sonrió el matón, y abandonó la estancia. Errol Black desanudó la roja blusa de la secuestrada Lentamente.

Gozando de la angustia de ella, que pugnaba inútilmente por librarse de él.

Errol Black abrió la blusa de par en par, dejando visibles los

pechos juveniles de Grace Dewey, que temblaban de pánico, como toda ella.

—Pequeños, casi adolescentes, pero duros y hermosos... —dijo, masajeándolos con suavidad, hasta lograr que sus oscuros pezones se levantasen más y aumentasen su dureza.

Los ojos de Grace Dewey empezaron a llenarse de lágrimas.

Lágrimas de vergüenza.

De impotencia.

De desesperación...

Errol Black se había inclinado sobre ella y ahora le besaba y mordisqueaba los senos, mientras sus manos se deslizaban por el pecho femenino en busca del botón que cerraba los *shorts* de la muchacha.

Lo soltó y bajó la cremallera, descubriendo la finísima braguita azul celeste que la joven llevaba debajo, muy ajustada a sus caderas.

Grace Dewey, adivinando lo que iba a ocurrir, reunió todas las fuerzas que le quedaban y arqueó bruscamente su cuerpo, en un intento desesperado de lanzar despedido al hombre que, no le cabía la menor duda, iba a violarla.

Pero el intentó falló, y Errol Black continuó sobre ella.

Grace pensó en Roger Horton, el apuesto espía.

Si él estuviera allí...

Y estaba.

No dentro de la casa, pero sí a un tiro de piedra de ella.

CAPÍTULO XI

Sí.

Roger Horton había saltado ya la tapia de ladrillos rojos que circundaba la propiedad de Errol Black, y lo hizo por el mismo sitio que la otra vez.

En esta ocasión, sin embargo, no le iba a resultar tan sencillo alcanzar la casa sin ser descubierto por los matones de Errol Black, porque éstos, advertidos de que el espía tenía que volver con los documentos robados, vigilaban ahora mucho mejor que antes. Apenas saltar la tapia, silencioso como una sombra —y eso parecía, gracias a su negra vestimenta—. Roger Horton descubrió a uno de los gorilas de Errol Black.

El tipo se dirigía hacia allí, despacio y con una pistola automática en la diestra.

¿Habría oído algo?

Por si acaso, Roger se ocultó rápidamente detrás de un seto, por delante del cual tendría que pasar el matón.

Eso sucedía tan sólo medio minuto después.

El espía se irguió de pronto y saltó sobre el tipo, salvando limpiamente el seto. El matón quiso gritar, pero los férreos dedos de su atacante sellaron su boca y lo impidieron.

Un instante después, el gorila recibía un tremendo golpe en el cráneo, propinado con el arma del espía, y quedaba sin sentido.

Andrew, el matón que intentara meter la mano en el escote de Grace Dewey, para toquetear sus senos, y que se ganara por ello un duro cabezazo en plena boca, amén de la bofetada que luego le diera Kevin Ramsey, había oído un ruido extraño.

Intrigado, caminó con precaución hacia la parte de la propiedad que vigilaba el tipo que acababa de ser puesto fuera de combate por

el espía.

—¿Adam...? —llamó, sin alzar demasiado la voz.

Su compañero no le respondió, claro.

Andrew siguió acercándose, con su pistola en la diestra.

De pronto, se quedó quieto.

Acababa de descubrir a Adam.

Yacía en el suelo.

De bruces.

Inmóvil...

Andrew sintió un escalofrío, porque aquello significaba que el espía había vuelto ya.

Había que dar la voz de alarma.

Pero él no pudo darla, porque, súbitamente, un brazo duro como el acero rodeo su cuello y presionó su garganta de tal manera que la cara del gorila se amorató en sólo unos segundos.

Andrew intentó arrancar aquel brazo de hierro de su cuello, para poder llevar aire a sus pulmones, pero las fuerzas empezaron a faltarle y la vista se la nubló.

Escasos segundos después, cerraba los ojos y quedaba como muerto. Y casi lo estaba.

Cuando Roger Horton soltó el cuello del matón, éste se desplomó como un saco de patatas.

De pronto, se escuchó un aullido de dolor.

Roger miró hacia la terraza de la alcoba de Errol Black, porque el grito había partido de allí.

El espía, a través de la puerta abierta, vio correr por la estancia a Grace Dewey, con las manos atadas a la espalda y una mordaza en la boca.

Dedujo rápidamente que alguien, seguramente Errol Black, puesto que aquélla era su alcoba, había intentado toquetear a la joven, y ésta se había defendido como había podido.

Roger estaba pensando ya en alcanzar aquella terraza, para salvar a la muchacha, cuando vio de nuevo a Grace, corriendo esta vez hacia la puerta de la terraza.

Casi enseguida, vio a Kevin Ramsey, el hombre de confianza de Errol Black.

El matón atrapó a Grace y la levantó con sus poderosos brazos como si fuera un ligero almohadón de plumas.

Errol Black también se dejó ver, con gesto de dolor y agarrándose el pie izquierdo. Un instante después, los tres desaparecían de la puerta de la terraza, y casi al momento, Kevin Ramsey cruzaba la habitación.

Roger Horton adivinó lo que iba a suceder, y eso hizo que los músculos de su rostro se endureciesen al máximo.

Kevin Ramsey se retiraba para que Errol Black pudiera violar tranquilamente a la muchacha.

Pues no.

No la violaría.

El lo impediría.

Y a ello fue.

Corrió hacia la casa.

Agazapado y buscando siempre la protección de los setos y de los árboles.

Casi se dio de bruces con otro de los matones de Errol Black.

Peor para el tipo.

Roger lo dejó sin respiración de un terrible golpe en el hígado y, cuando el gorila se dobló hacia delante, la cara verde como un semáforo con luz de paso, le descargó el filo de la mano sobre la nuca.

El hachazo, tremendo, casi decapitó al matón, quien cayó como una res apuntillada.

El espía reanudó su carrera.

La parte frontal de la casa, al parecer, no estaba vigilada por más hombres, pues nadie impidió a Roger Horton trepar a la terraza de la alcoba de Errol Black.

El espía, siempre con su pistola presta, aunque no dispararía sobre nadie a menos que fuese absolutamente necesario, ganó la terraza y saltó a ella.

Encogido, corrió hacia la puerta y se coló en la alcoba de Errol Black.

Enseguida vio a éste.

En el sofá.

Encima de Grace Dewey.

Besando y mordiendo sus pechos desnudos.

Y sé disponía a hacer algo aún más sucio: arrancar las braguitas de la muchacha para toquetear su sexo.

Roger sí que le iba a arrancar a él, pero iban a se los...

Sí, eso que tienen los hombres.

Y de cuajo, para que no volviera a tener deseos de violar a pobres muchachas indefensas.

Roger corrió hacia el sofá, sin producir el menor ruido con sus pisadas.

Lo que sí produjo ruido fue la espalda de Errol Black, cuando el canto de la mano del espía cayó sobre ella cómo un hacha, haciendo crujir sus vértebras.

Tan grande fue el dolor que el cerdo de Errol Black sintió en el espinazo, que no pudo gritar, y se quedó muy quieto, la boca muy abierta, los ojos desencajados, la espalda hundida, los miembros superiores e inferiores agarrotados.

Dio la impresión de que se había muerto así, a cuatro patas.

Pero no.

Seguía vivo.

Y Roger Horton se alegró, porque aún no había terminado con él.

Lo agarró de la bata y le obligó a erguir el torso.

Un segundo después, le hundía el puño en el estómago, con tanta potencia, que casi se lo saca por la espalda.

Errol Black sintió deseos de vomitar todo lo que había comido aquel día, pero el espía le cerró la boca con un formidable gancho de izquierda y no le dejó.

Tan terrorífico fue el golpe, que el cuarentón salvó el respaldo del sofá y cayó al otro lado.

Roger Horton miró un instante a Grace Dewey, cuyos ojos expresaban claramente la infinita alegría que le había producido la milagrosa aparición del espía.

Éste le cerró la blusa, ocultando sus pechos desnudos, y luego subió la cremallera de los *shorts*, diciendo:

—Acabo con el puerco de Errol Black y enseguida estoy contigo, preciosa.

Roger rodeó el sofá.

Errol Black seguía en el suelo, sin fuerzas para levantarse.

Con la caída, la bata se le había abierto por abajo, y como no llevaba *slip*, sus órganos genitales quedaban visibles.

Por la mente del espía pasó la idea de destrozárselos a balazos,

pero le pareció que eso sería demasiado, y se limitó a asestarle un patadón en ellos.

Errol Black se encogió en el acto, llegando incluso a meter la cabeza entre sus rodillas.

Esta vez, sí gritó.

Aulló, más bien.

Eso no le convenía a Roger Horton, de ahí que se apresurara a golpearle en la parte posterior del cráneo con su arma.

Errol Black se calló instantáneamente, porque había perdido el conocimiento.

El aullido, no obstante, había llegado a los oídos de Kevin Ramsey, quien seguía fuera de la habitación, vigilando la puerta.

El matón pensó que Grace Dewey acababa de propinarle un cabezazo a Errol Black en la cara, porque, con las manos atadas a la espalda, amordazada, y él montado sobre ella, sujetándole las piernas, era lo único que podía hacer la muchacha para defenderse.

Por si su jefe necesitaba de nuevo ayuda, Kevin abrió la puerta y asomó la cabeza.

Dio un respingo al descubrir al espía.

Éste le descubrió a su vez y le apuntó rápidamente con su pistola, pero Kevin Ramsey cerró la puerta de golpe y extrajo velozmente su «Magnum», corriendo ya hacia la escalera, para advertir a sus compañeros de la presencia del espía en la casa e impedirle entre todos la huida.

CAPÍTULO XII

Roger Horton lanzó una imprecación y corrió hacia la puerta de la alcoba, la cual abrió, con las debidas precauciones.

No pasó nada.

El espía pegó un salto y se plantó en el corredor.

Kevin Ramsey ya se había perdido escaleras abajo.

Roger no quiso lanzarse en su persecución, porque el matón le llevaba demasiada ventaja, y era seguro que no le daría alcance antes de que él alertase a sus compañeros. Volvió a meterse en la alcoba y cerró la puerta, haciendo girar seguidamente la llave. No satisfecho con esto, acercó un sillón y lo pegó a la puerta, por si a los matones se les ocurría cargar contra ella.

Grace Dewey, sentada en el sofá, le veía hacer.

Roger fue hacia ella.

Menos mal que lo hizo encogido, porque alguien le disparó desde abajo, y las balas silbaron muy cerca de su cabeza.

El espía se arrojó de bruces al suelo y se arrastró así hasta el sofá, mientras los plomos hacía estallar las botellas de licor alineadas en el bar.

Roger se irguió sin temor, porque el sofá quedaba fuera del alcance de las balas.

Como la blusa de Grace se había abierto nuevamente, al incorporar el torso la muchacha, sus senos estaban otra vez al descubierto, aunque ella parecía no darse cuenta.

Roger sí se dio cuenta, claro.

Por eso, antes de nada, le cerró la blusa y se la anudó bajo los senos, procediendo seguidamente a desatarle las manos y quitarle la mordaza.

Grace se abrazó a él tan pronto como pudo hacerlo.

—¡Oh, Roger, Roger!

El espía la estrechó tiernamente contra su pecho.

—Te sacaré de aquí, no temas.

—¿Podrás?

—La cosa no está fácil, pero lo lograré, te lo prometo.

—¡Qué mal rato me hizo pasar ese cerdo de Errol Black!

—Ya le di su merecido.

—Yo sólo pude darle un pisotón.

—Debió ser tremendo, a juzgar por el grito que dio.

—Sí, dejé caer el pie con todas mis fuerzas.

Roger le acarició el cabello y rogó:

—No te muevas de aquí, Grace.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, asustándose.

—Cerrar la puerta de la terraza. Los gorilas de Errol Black pueden trepar fácilmente a ella, porque yo también lo hice, y no quiero que nos sorprendan.

—Ten cuidado, Roger.

—No te preocupes —sonrió el espía, y la besó fugazmente en los labios.

Luego, se dejó caer al suelo y serpenteó hasta la puerta.

Los matones de Errol Black habían dejado de disparar, pero al ver que las puertas de la terraza se cerraban, le dieron al gatillo de nuevo.

No consiguieron nada, sólo romper unas cuantas botellas más.

Roger Horton, después de cerrar las puertas, las atrancó con el otro sillón.

De pronto, la puerta que comunicaba con el dormitorio de Errol Black se abrió.

—¡Cuidado, Roger! —gritó Grace Dewey.

El espía ya estaba apuntando hacia allí con su arma, el dedo índice sobre el gatillo, presionándolo ligeramente.

Pero no llegó a disparar, porque era Deborah Cole quien había asomado por ella.

Una Deborah Cole pálida, asustada y tambaleante.

—Deborah... —musitó el espía, adivinando que algo le había sucedido a la hermosa rubia.

—Roger... —exclamó quedamente ella, con gesto de incredulidad, y de repente se le doblaron las piernas y cayó al suelo.

—¡Deborah! —gritó el espía, corriendo hacia la joven.

La tomó en brazos y la llevó al sofá, dejándola junto a Grace Dewey, quien no entendía nada.

—¿La conoces, Roger...? —preguntó la secuestrada.

—Sí; ella me facilitó la recuperación de los documentos —explicó el espía.

—Parece que tiene los dedos de las manos hinchados... —observó Grace.

—Sí, es cierto. Y también los de los pies —se fijó Roger.

Deborah Cole, que se había caído precipitadamente por eso, por lo mucho que le dolían los dedos de los pies cuando apoyaba éstos en el suelo, y no porque hubiese sufrido ningún desvanecimiento, informó:

—Me torturaron, Roger...

—¿Los gorilas de Errol Black?

—Primero, sus gorilas, y luego, él. Kevin y Andrew me apretaron brutalmente los dedos de las manos y de los pies, haciéndome aullar de dolor. Después, Errol Black me hizo esto... —Deborah se abrió la bata y mostró la espantosa quemadura que tenía en el seno derecho.

Grace Dewey se llevó las manos a la boca.

—¡Qué horror, Dios mío! —exclamó, estremecida.

Roger Horton atirantó el rostro.

—¿Por qué te torturaron, Deborah? —inquirió, con voz ronca de cólera.

—Errol Black sospechó que yo te había dado la verdadera combinación de la caja fuerte. Incluso llegó a pensar que estaba de acuerdo contigo. Yo negué lo uno y lo otro, porque tenía miedo de que Errol ordenara a sus hombres que me liquidasen si confesaba haberte ayudado a recuperar los documentos. Pero no pude resistir tanto dolor, y admití que yo te había dado la combinación. Sorprendentemente, Errol Black me perdonó. Incluso me aplicó un ungüento en la quemadura que él mismo me causara con la brasa de su cigarro, y luego me pidió que hiciéramos el amor. Yo no estaba para eso, pero él insistió, y no pude negarme, aunque debo confesar que me dormí en pleno acto sexual, lo cual no me había sucedido jamás. Me desperté al oír los disparos. Asustada, abandoné la cama y miré por la ventana, descubriendo a...

—¡La ventana! —Respingó Roger—. ¡Me había olvidado de ella!

Providencial, desde luego, fue que Deborah Cole mencionara la ventana del dormitorio, porque dos de los matones de Errol Black habían trepado a la terraza y ya se estaban introduciendo por allí, silenciosos como pumas.

Roger Horton se irguió y corrió hacia el dormitorio, pistola en mano.

La pareja de gorilas y el espía se descubrieron mutuamente.

Ninguno de los tres dijo nada. Sólo hablaron las armas.

Las tres a la vez.

La de Roger Horton hablaba bajito, porque llevaba silenciador, pero se le entendía todo sin necesidad de audífono.

Los matones no se perdieron palabra.

Bala, sería más correcto decir.

Sí, porque todas las que escupió la pistola del espía, las recibieron en sus cuerpos, como si les diera lástima que se desperdiciara alguna.

Muy considerados, los tipos.

Y muy muertos también.

Sí.

Los dos eran ya cadáveres.

Yacían en el suelo, desmadejados y con el pecho lleno de sangre.

Uno de ellos parecía que sonreía.

El sabría de qué, porque...

Roger Horton también estaba tendido en el suelo, pero porque se había arrojado de cabeza al iniciarse el tiroteo, esquivando así las balas de sus enemigos.

El espía se incorporó con rapidez y corrió hacia la ventana, para cerrarla y atrancarla. Desde abajo debieron verle, porque le obsequiaron con una lluvia de plomo de la mejor calidad.

Roger se dejó caer al suelo y desde allí cerró la ventana, atrancándola luego con la cómoda y un par de sillas. Seguidamente, regresó con las chicas.

Grace y Deborah estaban blancas como la cal, las pobres, además de sordas, de tanto disparo, y respiraron aliviadas al comprobar que el espía había salido triunfante del tiroteo.

—¿Qué ha pasado, Roger...? —preguntó Grace.

—Dos hombres de Errol Black se habían colado por la ventana, y he tenido que matares.

—¿Tú estás bien, Roger...? —se interesó Deborah.

—Sin un rasguño, preciosas —las tranquilizó el espía a las dos, mientras recargaba su arma.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —inquirió Grace. Roger rodeó el sofá y echó una ojeada a Errol Black.

El cuarentón seguía inconsciente, la cabeza entre las rodillas, y sangraba por la brecha que le había producido en ella el espía, al atizarle duro con su pistola para que dejara de aullar tras el patadón en los genitales.

—Errol Black nos ayudará —dijo, respondiendo a la pregunta de Grace Dewey.

—¿Errol...? —repitió Deborah Cole, extrañada.

—Le amenazaré con matarle si no ordena a sus hombres que nos dejen salir de su propiedad a los tres.

—¿Y te hará caso?

—¿Tú qué crees?

—Que no.

—Peor para él.

—¿Lo matarás?

—No, pero le daré de golpes hasta que me canse. Verás como eso le hace cambiar de idea.

Dicho esto, Roger Horton fue hacia el bar y atrapó un par de botellas, cuyo contenido echaba poco después sobre la cabeza del desvanecido Errol Black.

CAPÍTULO XIII

Errol Black empezó a moverse.

Pero se movió muy poco, porque le dolía terriblemente la espalda, la mandíbula, el estómago y los órganos genitales, amén de la cabeza, en donde ya llevaba recibidos dos buenos golpes aquella noche, tan nefasta para él.

Y los que recibiría, como se negase a obedecer las órdenes de Roger Horton...

Errol Black abrió los ojos, descubriendo al espía, que le apuntaba con su pistola. También vio a Grace Dewey y Deborah Cole, quienes le miraban por encima del respaldo del sofá.

—¿Cómo se siente, señor Black? —preguntó Roger, con descarada ironía.

—Muy mal, bastardo —respondió Errol, con los dientes muy juntos y sin desencoger el cuerpo.

—¿Quiere perder el otro lóbulo? —amenazó Roger, apuntándole a la oreja derecha del cuarentón.

Errol Black se la cubrió rápidamente con la mano.

—No, por favor —rogó.

—No vuelva a insultar a mi madre, o apretaré el gatillo —advirtió el espía.

—Ya me he olvidado de ella.

—Bien.

—¿Qué pasa con mis hombres? —preguntó Errol, extrañado de aquella quietud.

—Dos de ellos están ahí, en el dormitorio —indicó Roger.

—¿Y por qué no salen en mi ayuda?

—Porque están muertos.

Errol Black se estremeció.

—¿Lo mataste tú?

—Sí.

—Maldito...

—Ellos querían hacer lo mismo conmigo, señor Black.

Kevin y los otros no te dejarán salir con vida de esta casa.

—Eso mismo dijo usted la otra vez que estuve aquí, y me largué sin que ni siquiera me vieran —recordó Roger, sonriendo.

—Esta vez lo tienes mucho más difícil, porque ellos saben que estás aquí, en mi alcoba.

—Pero le tengo a usted, señor Black.

—¿Qué quieres decir?

—Que le volaré la tapa de los sesos si sus gorilas no nos dejan el paso libre, cuando salgamos de esta habitación. Errol Black volvió a estremecerse.

—Si tú me matas a mí, ellos te matarán a ti y matarán también a las chicas, después de divertirse con ellas —repuso.

—Puede que sí, y puede que no. Usted, desde luego, nunca lo sabrá, porque ya será cadáver.

—No, no creo que te atrevas a matar a un hombre a sangre fría.

—A un hombre, tal vez no; pero a un sapo, sí. Y eso es lo que es usted, señor Black. Un sapo, grande y repugnante. Ordenó a Kevin y Andrew que torturaran a Deborah, y luego usted personalmente se ocupó de quemarle un pecho con la brasa de su cigarro. Más tarde, intentó violar a Grace Dewey, y lo hubiera hecho de no llegar yo a tiempo de impedirlo.

Errol Black miró a las chicas, pálido de dolor y de miedo.

No obstante, dijo:

—Mátame si quieres, pero no ordenaré a mis hombres que os dejen el paso libre.

Roger Horton sonrió con frialdad.

—Le mataré, no lo dude. Pero antes me divertiré un rato con usted. Grace y Deborah también querrán divertirse, estoy seguro; especialmente Deborah. Le duele mucho la quemadura del seno. Y los dedos de la manos y de los pies. ¿Qué cree que haría Deborah, si yo enciendo uno de sus gruesos y largos cigarros y se lo paso?

Errol Black empezó a sudar, pero no dijo nada.

—¿Qué haría con ese cigarro encendido, Deborah? —preguntó Roger.

La hermosa rubia miró con intenso odio a Errol Black.

—Apagárselo en el vientre. O un poco más abajo. Sí, eso es. Le aplicaría la brasa del puro en el mismo extremo de su miembro viril. Sería una monstruosidad, lo sé; pero también lo fue lo que él hizo conmigo. Estaríamos en paz.

—Ya lo ha oído, señor Black. ¿Sigue negándose a colaborar? —preguntó Roger. Errol Black, aunque se había arrugado al escuchar las palabras de Deborah Cole, siguió guardando silencio.

—Bien, usted lo ha querido, señor Black —suspiró Roger—. Dame esa cuerda, Grace. Grace Dewey cogió la cuerda con la que a ella le ataran las manos los hombres de Errol Black, y se la entregó al espía.

Éste ordenó:

—Tiéndase boca abajo y ponga las manos a la espalda, señor Black.

—No...

Roger le atizó un puñetazo al hígado.

Errol Black lanzó un bramido de dolor y se retorció en el suelo.

—Boca abajo, señor Black —ordenó de nuevo el espía.

—No...

Roger le golpeó en el cuello, con el cañón de su pistola, y el cuarentón bramó de nuevo.

—El próximo golpe lo recibirá en los genitales, señor Black.

Errol Black, que recordaba perfectamente lo mucho que había sufrido con el patadón que el espía le propinara en tan delicada zona, y que todavía le hacía sufrir, se la protegió con las dos manos y suplicó:

—No, aquí no, por favor.

—Obedezca, pues.

—Sí...

Errol Black se tendió boca abajo y se llevó las manos a la espalda. Roger Horton se las ató con la cuerda y dijo:

—Voy en busca del cigarro, Deborah.

—Bien —repuso ella.

Errol Black sintió que se le erizaba el vello, pero, como en el fondo pensaba que Deborah Cole no sería capaz de aplicarle la brasa del puro en el extremo del pene, ni en ningún otro sitio, se mantuvo callado.

Roger Horton se introdujo en el dormitorio del cuarentón.

Dos minutos después, salía con un habano entre los dientes, que soltaba un grueso chorro de humo blanquecino.

—¿Dispuesta, Deborah?

—Sí —asintió la joven.

—Póngase boca arriba, señor Black —ordenó Roger.

Errol Black obedeció.

No fue necesario abrirle la bata, porque ésta se le había abierto sola, y sus atributos masculinos estaban visibles.

—Yo no tengo estómago para esto —dijo Grace Dewey, volviendo la cabeza.

—Yo si. —Dijo decididamente Deborah Cole—. Dame el puro, Roger.

El espía se lo pasó.

—Sujétale tú las piernas —indicó Deborah.

Roger se sentó sobre las rodillas del cuarentón, quien ya no estaba tan seguro de que Deborah no fuese capaz de llevar a cabo su amenaza, y se le notaba en la cara, cada vez más desencajada.

—No... —suplicó, casi sin voz.

—Cuando quieras, Deborah —dijo Roger, sujetando también los hombros de Errol Black, para que éste no pudiera erguir el torso.

Deborah Cole, con vengativa mueca, acercó la brasa del cigarro a los genitales del cuarentón.

Errol Black, presa ya del más puro terror, se agitó en el suelo y chilló:

—¡No, haré lo que me pedís! ¡Ordenaré a mis hombres que os dejen salir a los tres!

—¿De veras lo hará, señor Black? —preguntó Roger.

—¡Lo juro!

Grace Dewey se volvió hacia Roger Horton y Deborah Cole.

Los tres sonrieron, porque todo había sido una farsa para obligar a Errol Black a hacer lo que ellos querían. Ni Deborah era capaz de aplicar la brasa del cigarro al cuerpo del cuarentón, ni Roger lo hubiera permitido. El espía cerró la bata del Errol Black y ordenó:

—En pie, señor Black.

—Tendrás que ayudarme, casi no tengo fuerzas...

—De acuerdo, le ayudaré. Vamos, arriba.

Con la ayuda de Roger, Errol pudo ponerse en pie, pero le

resultó difícil mantenerse así.

—Me temo que no podré caminar —dijo.

—Podrá, por la cuenta que le tiene.

—Si no me hubiera dado tantos golpes...

—Si usted no hubiera intentado violar a Grace... Vamos, muévase. Hacia la puerta de la terraza —indicó Roger.

—¿Por qué la puerta de la terraza? —preguntó Errol, asustado.

—Desde ahí ordenará a sus hombres que nos dejen el paso libre.

—¿Y si me confunden contigo, y me cosen a tiros?

—Mala suerte.

—Ay... —gimió el cuarentón.

—¿Qué le duele?

—Todo, pero no me quejo por eso.

—Venga, camine. —Roger lo empujó.

Errol Black, con evidente dificultad, alcanzó la puerta de la terraza. Roger Horton, detrás de él, la abrió de par en par.

Kevin Ramsey y los otros matones apuntaron rápidamente con sus armas hacia allí. —¡No disparéis, burros, que soy yo!— chilló Errol Black, aterrado, porque ya se veía con más agujeros que un queso.

Y la verdad es que faltó un pelo para que eso ocurriera.

Kevin Ramsey gritó:

—¡Quietos, muchachos! ¡Es el señor Black!

—Vaya, menos mal que me han reconocido —respiró hondo el cuarentón.

—¿Se encuentra bien, señor Black? —preguntó Kevin.

—No, estoy hecho un asco, pero sigo vivo, y eso es lo que importa.

—No se preocupe, señor Black. Atraparemos al tipo y le haremos pagar lo que...

—No, no quiero que lo atrapéis, Kevin —le interrumpió Errol.

—¿Qué...?

—Vais a dejar que él y las chicas se larguen. Si intentáis algo contra ellos, Roger me volará la cabeza.

—Pero...

—Obedeced, Kevin. Mi vida es más importante que todo lo demás.

Tras unos segundos de silencio, Kevin Ramsey asintió:

—De acuerdo, señor Black. Dejaremos escapar al espía y a las muchachas.

—¿Satisfecho, Roger? —preguntó Errol.

—Mucho, señor Black —respondió el espía, quien seguidamente cerró las puertas e indicó—: Andando, chicas.

—Yo no puedo caminar, Roger —dijo Deborah Cole.

—Oh, es verdad; me olvidaba de que tus pies están lastimados...

—Yo te llevaré, Deborah —se ofreció Grace Dewey.

—¿Podrás, Grace? —preguntó Roger.

—Estoy delgada, pero soy una chica fuerte. Vamos, agárrate a mi cuello, Deborah —indicó Grace, ofreciendo su espalda a la rubia, al tiempo que se agachaba para facilitar las cosas.

Deborah se cogió del cuello de Grace y le pasó los muslos por las caderas, apoyándose en ellas. Grace sostuvo con sus manos el prieto trasero de Deborah, para que ésta se aguantara mejor sobre su espalda, y dijo:

—Nosotras estamos listas, Roger.

El espía sonrió.

—En marcha, pues —dijo, y empujó a Errol Black hacia la puerta de la habitación. Después de retirar el sillón y darle la vuelta a la llave, Roger abrió la puerta e hizo salir a Errol Black.

El espía se aseguró de que el corredor estaba despejado y luego salió de la alcoba, seguido de Grace Dewey, quien soportaba admirablemente el peso de Deborah Cole.

—Cuando te canses, házmelo saber, Grace —dijo Roger.

—¿Qué harás, echarme un poco de alfalfa, para que recupere las fuerzas?

La broma de Grace hizo reír a Roger y Deborah.

—Tú no te rías, Deborah, que pesas más cuando lo haces —resopló Grace.

—Lo siento —dijo la rubia, conteniendo la risa, para pesar menos.

—No sólo tienes más pecho que yo, sino también más culo, chata.

—Me temo que sí.

—En fin, puede que en otra ocasión te toque a ti hacer de caballo y a mí de jinete.

—Me esforzaría por llevarte, te lo aseguro.

—Lo sé —sonrió Grace.

Avanzaron por el corredor y empezaron a bajar por la escalera.

Roger Horton iba con los cinco sentidos alerta, por si los hombres de Errol Black intentaban algo.

—Como me falle un pie, nos recogen con una pala, Deborah —rezongó Grace.

—Por Dios, no me asustes —se estremeció la rubia.

—Tranquila, no creo que eso suceda.

Y, en efecto, no sucedió.

Descendieron el último peldaño y caminaron hacia la puerta de la casa, que permanecía abierta de par en par.

Errol Black, empujado por Roger Horton, fue el primero en cruzarla, y luego lo hicieron el espía y las muchachas.

Kevin Ramsey y otros cinco hombres les esperaban, todos armados con pistolas. Andrew y Adam, recuperados ya del ataque que sufrieran por parte del espía, formaban parte del grupo, así como el otro tipo a quien Roger dejara fuera de combate en su carrera hacia la casa, y se les veía a los tres con unas ganas de desquitarse...

—Camíne, señor Black —indicó Roger, que llevaba del brazo al cuarentón y apuntaba con su arma a la sien derecha de éste.

Errol Black echó a andar, con dificultad, porque a cada movimiento de su cuerpo aumentaba su sufrimiento, especialmente si sus muslos rozaban lo que colgaba entre ellos, lo cual trataba de evitar caminando como un pato.

Grace Dewey ya casi no podía con Deborah Cole, pero sacó fuerzas de flaqueza y siguió al espía, con la rubia al lomo.

Habrían avanzado unos diez metros cuando, inesperadamente, Errol Black se dejó caer al suelo, gritando:

—¡Ahora, muchachos! ¡Acribilladlo!

* * *

Roger Horton escupió una maldición.

Pero tenía que escupir otra cosa, si quería salir con vida de la residencia de Errol Black.

Plomo.

Y en cantidad.

El espía empezó a soltarlo, al tiempo que, predicando con el ejemplo, gritaba:

—¡Al suelo, chicas!

Grace Dewey se dejó caer de golpe, y Deborah Cole cayó sobre ella, aplastándola con su peso y obligándola a comer un poco de hierba del césped.

Como si fuera un caballo de verdad, vamos.

Kevin Ramsey y los otros cinco gorilas ya le estaban dando al gatillo de manera frenética. Disparaban sólo contra el espía, porque Grace y Deborah, desarmadas y espachurradas, poco daño podían causarles.

Roger Horton, después de volarle la cabeza a Andrew de un certero disparo, y alojar dos plomos en el pecho de Adam, a la altura del corazón, giró sobre sí mismo en el suelo, con gran rapidez, lo cual le permitió burlar los proyectiles que le enviaban Kevin Ramsey y los otros tres hombres.

Como, mientras rodaba por el suelo, el espía no dejó de presionar el gatillo, otros dos gorilas se derrumbaron, emitiendo sendos aullidos de muerte.

Kevin y el otro matón apretaron los dientes con rabia y procuraron afinar la puntería, pero eso era muy difícil, porque el espía no dejaba de girar como una peonza.

Roger Horton siguió dándole al gatillo sin pausa, y Kevin Ramsey y el otro gorila sufrieron las consecuencias. Unas consecuencias ciertamente funestas para ellos, pues el primero recibió un impacto en la frente y otro en el centro del pecho; su compañero, otros dos plomos, uno en el cuello y otro en el vientre.

Se derrumbaron los dos, claro.

Y se murieron los dos, claro.

Nadie puede vivir en esas condiciones.

Andrew, Adam, y los otros dos tipos también estaban muertos.

No había más que fijarse en sus caras.

Pero, para gesto expresivo, el de Errol Black.

El cuarentón no podía creer que un hombre sólo hubiese sido capaz de abatir a seis. Sin embargo, así había sido.

Roger Horton se puso en pie y se acercó a Grace Dewey y Deborah Cole, que permanecían pegadas al césped cuan largas eran.

—¿Estáis bien, preciosas? —Les acarició el cabello a las dos.

Grace y Deborah asintieron con la cabeza, porque no les salía la voz, después de lo que habían presenciado.

Roger se volvió hacia Errol Black.

A éste sí le salió la voz cuando el espía, después de llamarle serpiente traidora, le incrustó la punta del pie en las costillas, y volvió a gritar cuando recibió la segunda patada, ahora en el estómago. La tercera, en la quijada, le hizo perder el sentido.

EPÍLOGO

Aunque Roger Horton no quería líos con la policía, no tuvo más remedio que avisarla, porque en la residencia de Errol Black habían muerto ocho hombres, y todos los había matado él, si bien en defensa propia.

Esto último fue confirmado por Grace Dewey y Deborah Cole, quienes además corroboraron punto por punto la historia que el espía contó a la policía.

Errol Black, pese a toda su influencia, iba a pasarse el resto de su vida en la cárcel, porque no sólo sería acusado de comprar documentos robados para luego volverlos a vender mucho más caros, sino de haber secuestrado a Grace Dewey, de haber intentado violarla, de haber ordenado torturar y torturado personalmente a Deborah Cole —quien no tuvo inconveniente en mostrar la horrible quemadura de su seno a los agentes de la ley—, y de haber ordenado la muerte de Dino Gibbs y el piloto del helicóptero, cuyos cadáveres todavía estaban en la residencia, porque a los matones de Errol Black no les había dado tiempo a deshacerse de ellos y del helicóptero, que era lo que les había ordenado su jefe.

Con todo, cuando Errol Black recobró el sentido, no pidió que llamaran a su abogado, sino que lo trasladaran urgentemente al hospital más próximo, porque le dolían hasta las pestañas.

Deborah Cole también fue ingresada en una clínica, donde le sería debidamente atendida la quemadura del seno y las lesiones que sufría tanto en los dedos de las manos como en los de los pies.

Al despedirse de Roger Horton y Grace Dewey, la ganadora del concurso *Miss Piernas* sonrió y dijo:

—Gracias por haberme llevado tanto rato a tu espalda, Grace.

—Fue un placer, Deborah —repuso la hija de Thomas Dewey,

devolviéndole la sonrisa.

—Seguro que mañana te levantas con dolor de riñones.

—Si es así, le pediré a Roger que me dé unos masajes.

—Y yo se los daré encantado —dijo el espía.

—¿Has visto que pronto ha accedido, el muy sinvergüenza? —rezongó Grace.

—¿Qué tiene de malo dar unos masajes en la espalda? —repuso Roger.

—Nada, pero es que tú ya estás pensando dármelos un palmo más abajo. Donde la espalda pierde su honesto nombre, vamos.

Rieron los tres.

—Vendremos a verte mañana, Deborah —prometió Roger.

—Me daréis una gran alegría —aseguró la joven.

El espía se inclinó y le dio un cariñoso beso.

También Grace besó a Deborah.

Veinte minutos después, Roger y Grace llegaban a casa de ésta.

Thomas Dewey lloró de alegría al ver que el espía había logrado rescatar a su hija, a la cual abrazó emocionadamente. También abrazó al espía, a quien dijo:

—No sé cómo expresarle mi agradecimiento, Roger. Es tan inmenso...

—Me complace haber ayudado a Grace, señor Dewey. Para mí no ha sido un trabajo más, se lo aseguro. Y ella lo sabe.

—Yo lo único que sé es que estoy rendida y quiero acostarme —dijo la joven—. ¿Puedo ofrecerle una habitación a Roger, papá?

—Siempre que no sea la tuya...

—¡Papá!

Thomas Dewey rió alegremente.

—Sólo era una broma, hija.

Grace tomó de la mano al espía.

—Ven conmigo, Roger.

—¿Y los detalles de todo lo que...? —dijo Thomas Dewey.

—Eso mañana, papá. Roger también está muerto de cansancio. ¿No es cierto, Roger?

—Sí, muy cierto —asintió el espía.

Thomas Dewey sonrió comprensivamente.

—De acuerdo, mañana me lo contaréis todo.

Grace llevó a Roger a una habitación de la planta superior, cuya

puerta cerró cuando los dos estuvieron dentro.

—¿Te gusta, Roger?

—Me gustas más tú —respondió el espía, abarcándola por la cintura.

Grace se dejó besar en los labios y luego preguntó:

—¿A cuántas mujeres les habrás dicho eso?

—Tan sinceramente como a ti, a ninguna.

—Supón que te creo. ¿Qué pasaría?

—¿De veras quieres saberlo?

—Sí.

Roger buscó el nudo de la blusa femenina y empezó a aflojarlo.

Grace, aunque no hizo nada por cortar la acción del espía, dijo:

—Ése no es el camino, Roger.

El espía detuvo sus manos.

—¿No?

—No.

—¿Cuál es, entonces?

—Si es cierto que te gusto más que ninguna otra mujer, debes decirme que me quieres y pedirme que me case contigo, antes de dejarme con el pecho desnudo y empezar a acariciar mis senos.

Roger Horton puso una cara muy rara.

—¿Casarte tú, la hija de un hombre tan rico como Thomas Dewey, con un espía...?

—¿Y por qué tienes que seguir siendo espía?

—Porque es mi trabajo, Grace.

—Mi padre puede ofrecerte en su empresa uno mucho mejor.

—No sé si me gustaría.

—Claro que te gustará.

—Grace, quizá tu padre no vea con buenos ojos que te cases con un espía.

—¿Cómo puedes pensar eso, después de lo que has hecho por él y por mí?

—Bueno, yo...

—¿Me quieres, Roger?

—Sabes que sí.

—Yo también te quiero, Roger.

El espía sonrió.

—De acuerdo, le pediré tu mano a tu padre, y un empleo en su

empresa. Espero que me conceda ambas cosas.

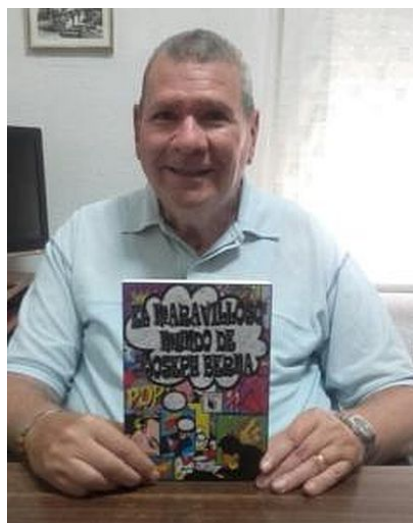
—¡Concedidas! —dijo Thomas Dewey, desde el otro lado de la puerta, a la cual hacía rato que tenía pegado el oído.

Grace y Roger, sorprendidos al principio, se echaron a reír.

Luego, se abrazaron y volvieron a unir sus bocas.

Roger Horton acabó de soltar el nudo de la blusa femenina y comenzó a acariciar los pequeños, pero cálidos y bellos senos de Grace Dewey, la muchacha que muy pronto iba a convertirse en su esposa.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».